

CUADERNOS

historia 16

La guerra en Asia (y3)

Gabriel Cardona y David Solar



87

140 ptas

CUADERNOS

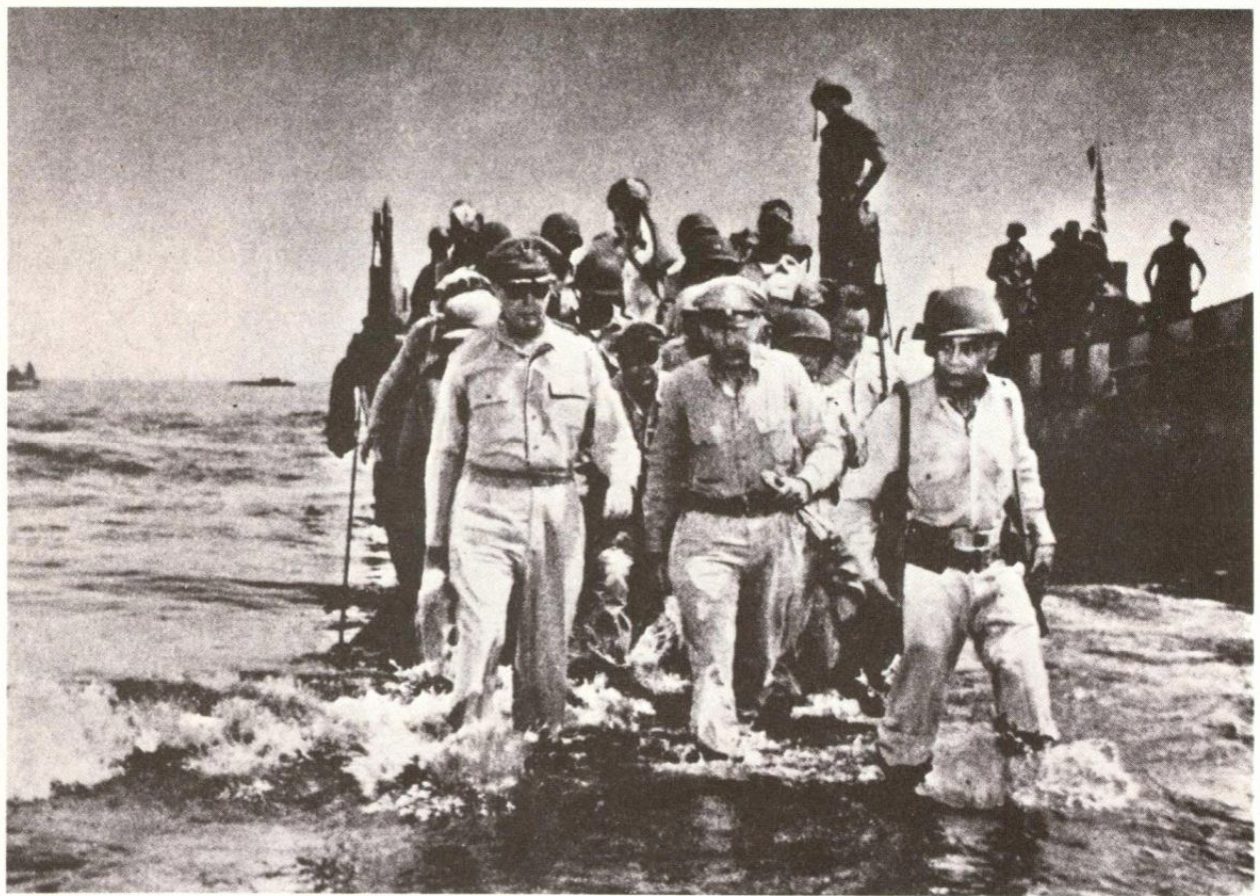
historia 16

1: Los Fenicios • 2: La Guerra Civil española • 3: La Enciclopedia • 4: El reino nazarí de Granada • 5: Flandes contra Felipe II • 6: Micenas • 7: La Mesta • 8: La Desamortización • 9: La Reforma protestante • 10: España y la OTAN • 11: Los orígenes de Cataluña • 12: Roma contra Cartago • 13: La España de Alfonso X • 14: Esparta • 15: La Revolución rusa • 16: Los Mayas • 17: La peste negra • 18: El nacimiento del castellano • 19: Prusia y los orígenes de Alemania • 20: Los celtas en España • 21: El nacimiento del Islam • 22: La II República Española • 23: Los Sumerios • 24: Los comuneros • 25: Los Omeyas • 26: Numancia contra Roma • 27: Los Aztecas • 28: Economía y sociedad en la España del siglo XVII • 29: Los Abbasíes • 30: El desastre del 98 • 31: Alejandro Magno • 32: La conquista de México • 33: El Islam, siglos XI-XIII • 34: El boom económico español • 35: La I Guerra Mundial (1) • 36: La I Guerra Mundial (2) • 37: El Mercado Común • 38: Los judíos en la España medieval • 39: El reparto de África • 40: Tartesos • 41: La disgregación del Islam • 42: Los Iberos • 43: El nacimiento de Italia • 44: Arte y cultura de la Ilustración española • 45: Los Asirios • 46: La Corona de Aragón en el Mediterráneo • 47: El nacimiento del Estado de Israel • 48: Las Germanías • 49: Los Incas • 50: La Guerra Fría • 51: Las Cortes Medievales • 52: La conquista del Perú • 53: Jaime I y su época • 54: Los Etruscos • 55: La Revolución Mexicana • 56: La cultura española del Siglo de Oro • 57: Hitler al poder • 58: Las guerras cántabras • 59: Los orígenes del monacato • 60: Antonio Pérez • 61: Los Hititas • 62: Juan Manuel y su época • 63: Simón Bolívar • 64: La regencia de María Cristina • 65: Así nació Andalucía • 66: Las herejías medievales • 67: La caída de Roma • 68: Alfonso XII y su época • 69: Los Olmecas • 70: Faraones y pirámides • 71: La II Guerra Mundial (1) • 72: La II Guerra Mundial (2) • 73: La II Guerra Mundial (3) • 74: La II Guerra Mundial (y 4) • 75: Las Internacionales Obreras • 76: Los concilios medievales • 77: Consolidación de Israel • 78: Apocalipsis nuclear • 79: La conquista de Canarias • 80: La religión romana • 81: El crack de 1929 • 82: La conquista de Toledo • 83: La guerra de los 30 años • 84: América colonial • 85: La guerra en Asia (1) • 86: La guerra en Asia (2) • 87: La guerra en Asia (y 3) • 88: El camino de Santiago • 89: El nacionalismo catalán • 90: El despertar de África • 91: El Trienio Liberal • 92: El nacionalismo vasco • 93: Los payeses de remensa • 94: La independencia árabe • 95: La España de Carlos V • 96: La independencia de Asia • 97: Tercer mundo y petróleo • 98: La España de Alfonso XIII • 99: El Greco y su época • 100: La crisis de 1968.

historia¹⁶

INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.
DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.
DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.
DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Manuel Longares.
COLABORACION ESPECIAL: José M.ª Solé Mariño.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACIÓN: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.º 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Barcelona: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: 218 50 16 y 218 50 66.

DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41 28037 Madrid. Teléfs.: 268 04 03 - 02.
DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.
PUBLICIDAD MADRID: Adriana González.
Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Cataluña: Plaza Gala Placidia, 1 y 3, planta 12. 08006 Barcelona. Teléfs.: (93) 237 70 00, 237 66 50 ó 218 50 16.
Zona Norte: Alejandro Vicente. Avda. del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Tel. (94) 435 77 86.
IMPRIME: Raycar, S. A. Matilde Hernández, 27. 28019 Madrid.
DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avda. Valdelaparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).
ISBN 84-85229-76-2, obra completa.
ISBN 84-85229-77-0, cuadernos.
ISBN 84-7679-041-4, tomo IX
Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Los generales MacArthur —izquierda— y Sutherland regresan a Filipinas tras su liberación

Indice

LA GUERRA EN ASIA

La guerra en el Pacífico, 3

Por Gabriel Cardona
 Profesor de Historia Contemporánea.
 Universidad de Barcelona.

David Solar	4
Periodista.	
Agonía sangrienta	8
La batalla del golfo de Leyte	8
Enfrentamiento en el mar	11
Victoria rotunda	14
Los bombardeos sobre Japón	16
Birmania	20
El embrollo indochino	24
Okinawa, la isla de la muerte	24
Los restos del imperio	28
La paz atómica	30

La guerra en el Pacífico (y3)

Por Gabriel Cardona

Profesor de Historia Contemporánea. Universidad de Barcelona

y David Solar

Periodista

Ya toda la guerra giraba en torno a la eliminación del poder aéreo japonés. La campaña de las Marianas se orientó a conquistar los aeródromos, sin los cuales la guarnición podía dejarse olvidada.

Como objetivo estratégico, las islas eran muy importantes, ya que tenían Filipinas, Formosa y China al alcance de sus aeródromos. En las islas Saipan, Tinian y Guam estaban las estaciones aéreas y sobre ellas giraría, lógicamente, la batalla.

Pero el número de aparatos era relativamente pequeño. Desde febrero, los portaaviones de Mitscher habían atacado el archipiélago y destruido numerosos portaaviones en tierra o aire. Ahora llegaba el momento de la verdad: había que tomar la isla.

En junio de 1944 zarparon en dirección a las Marianas los diversos grupos navales que compondrían la 5.^a Flota, bajo el mando de Spruance. Allí estaban los grupos de desembarco, TF-52 (Turner) y TF-53 (Conolly), la 7.^a Escuadra (Oldendorf), cuyos cañones debían ablandar la resistencia japonesa y apoyar los desembarcos.

En total, esas fuerzas se componían de tres divisiones de *marines*, apoyados por unos 300 aviones con base en 12 portaaviones de escolta y por la artillería de 7 acorazados antiguos, 11 cruceros y 26 destructores.

Más atrás navegaba Spruance con el grueso de sus fuerzas aeronavales, destinadas a apoyar el desembarco y, sobre todo, a protegerlo de cualquier posible reacción de la escuadra japonesa. Allí formaban la formidable TF-58 (Mitscher), que disponía de 15 portaaviones, 9 cruceros y dos docenas y media de destructores. Como grupo de fuego, la 5.^a Escuadra (Lee), con 7 acorazados nuevos, 4 cruceros y 14 destructores.

El día 15 de junio, esta fuerza enorme hizo su primer desembarco en Saipan. Una ola de fuego arrasó las playas y, en sólo veinte minutos, desembarcaron 8.000 *marines*, que serían 20.000 al oscurecer.

Pero aquí el terreno favorecía a los japoneses. Sus posiciones elevadas podían batir las playas sin riesgo y la defensa no se hizo en el interior de la isla.

Mientras tanto, el almirante Toyoda vio llegada la ocasión de asestar un golpe mortal a los norteamericanos. En las Marianas disponía de suficientes aeropuertos como para que los aviones de la 1.^a Flota Aérea (vicealmirante Kakuta) pudieran emplearse a fondo contra la flota de Spruance, mientras la 1.^a Escuadra Móvil (vicealmirante Ozawa), formada por el grueso de las fuerzas navales japonesas, cerraban la celada y aniquilaban a los norteamericanos.

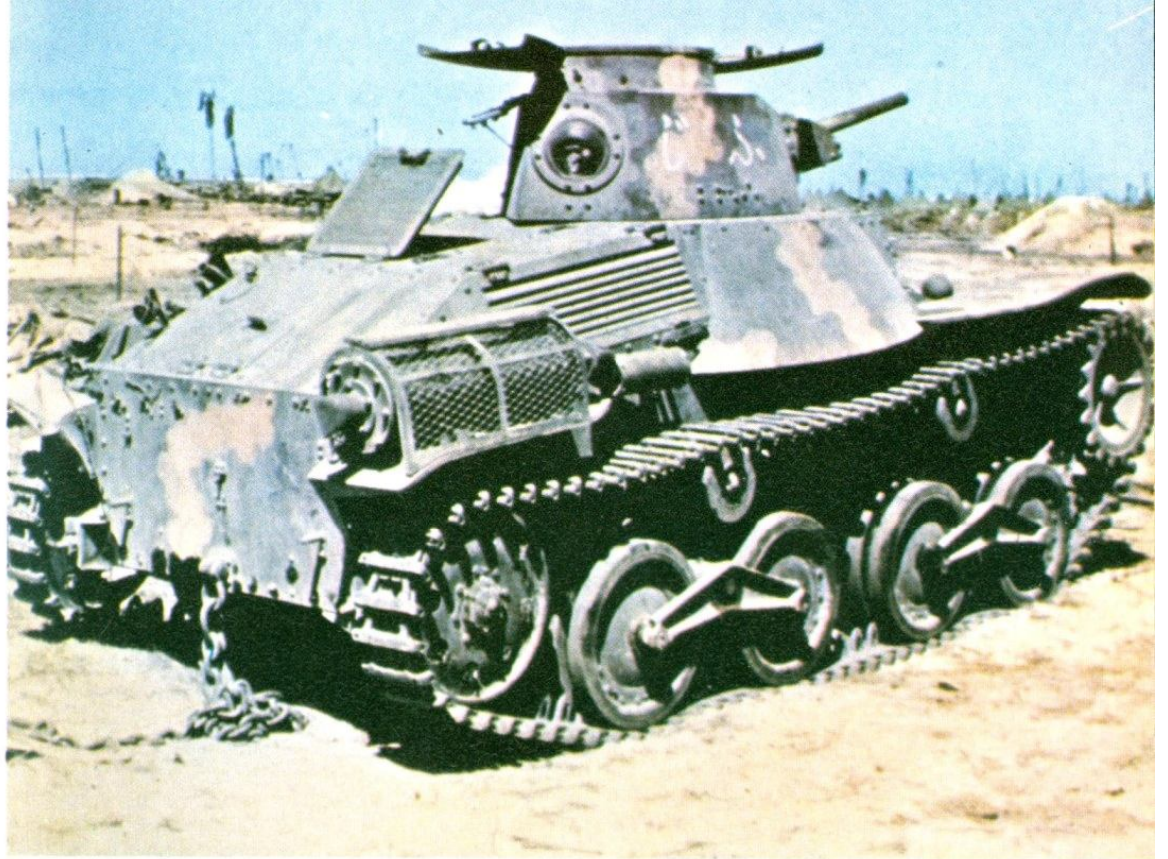
Ozawa llegó a revientacalderas desde Borneo, con la radio en completo silencio (los japoneses sabían que su clave estaba en manos norteamericanas desde la muerte de Yamamoto). Sus fuerzas eran las más importantes que Japón pudo reunir en toda la guerra: 9 portaaviones, con 550 aparatos; 5 acorazados, 10 cruceros y 36 destructores. Pero la *batalla del destino* ya no estaba a tiempo para jugarse: a Japón se le había pasado la hora.

Ozawa, con una gran experiencia en la guerra, con ningún error computable en sus maniobras, perdería la batalla. La principal causa es la calidad de material y hombres enfrentados, sobre todo los aéreos.

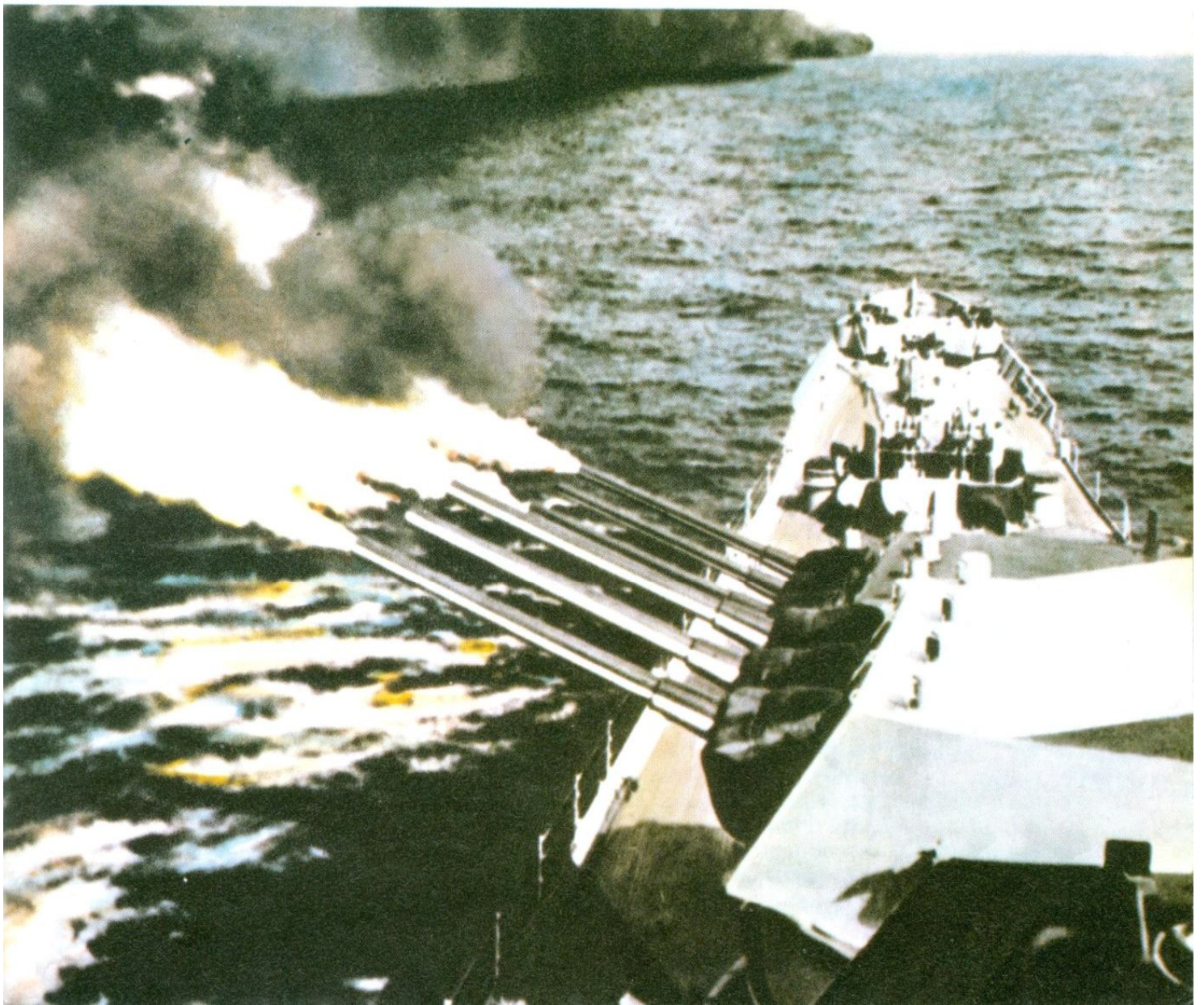
A esas alturas de la guerra, el potencial antiaéreo de los buques norteamericanos era muy superior al de los japoneses, pero la diferencia abismal se producía en el poder aéreo: los aviones norteamericanos eran más rápidos, maniobrables, mejor armados y, sobre todo, más sólidos, mejor protegidos y mucho mejor pilotados.

Japón hacía excelentes aparatos frágiles, de gran alcance por su ligereza, pero no resistían ni un disparo, sobre todo porque sus pilotos no iban protegidos. Así, al producirse esta batalla del mar de las Filipinas, Kakuta y Ozawa disponían de aparatos tremendamente vulnerables pilotados por

Carro de combate destruido durante los combates en la isla de Saipan



La artillería de un crucero norteamericano hace fuego contra las defensas de una isla en las Marianas



hombres muy bisoños, que hubieron de enfrentarse a aviones mucho más sólidos tripulados por hombres más experimentados.

Una comunicación entre Ozawa y Kakuta fue situada por los gonios norteamericanos, pero Spruance, cautamente, no quiso fiarse y frenó la impetuosidad de Mitscher, temiendo una celada. Las posteriores controversias, que dan la razón a este último, no cambiaron el curso de aquella desigual batalla, denominada como de las Filipinas o, como la llamaban los pilotos norteamericanos, *la caza de patos en las Marianas*, que se produjo el 19 de junio de 1944.

Los cazas, bombarderos y aerotorpederos japoneses tuvieron que pasar la dura prueba

de los cazas *Hellcat* americanos. La primera ola lanzada por Ozawa —69 aviones— perdió 42 aparatos y sólo logró varios impactos de poca importancia contra la flota USA, que causaron 27 muertos y 23 heridos.

La segunda ola japonesa, formada por 128 aviones, corrió aún peor suerte: 100 aparatos fueron derribados, y a costa de una docena de muertos norteamericanos y ligeras averías en media docena de buques. La tercera fuerza perdió siete aparatos y no logró ni un solo blanco naval. La cuarta fuerza no logró avistar a la flota norteamericana, aunque perdió varios aviones.

Paralelamente, los aviones de la primera flota aérea japonesa eran pulverizados por los bombarderos norteamericanos cuando llegaban a los aeropuertos de las islas o en las acciones que emprendieron contra la flota norteamericana. Pero esto no pudo saberlo Ozawa, pues la radio japonesa continuaba en silencio para impedir que su flota fuera localizada.

Aquel día negro para la Marina y la Aviación japonesas, los norteamericanos lograron destruir unos 325 aparatos (275 de Ozawa y 50 de Kakuta) a cambio de 30 aviones propios. Aquel día también perdieron los portaaviones *Shokaku* y *Taiho*, hundidos por la acción de los submarinos norteamericanos, que se llevaron al abismo 2.013 hombres.

Al día siguiente, Ozawa siguió en la zona de combate, confiando en que parte de los aparatos que había perdido estuvieran en las islas y se dispusieran a atacar de nuevo. Esto ya no podía ocurrir, pero los norteamericanos consiguieron descubrirle, y en la tarde del día 20, con luz apenas suficiente para alcanzar a la flota japonesa, Mitscher lanzó 216 aviones contra Ozawa.

Los aparatos norteamericanos cayeron sobre los japoneses casi a la puesta de sol y su ataque, con 20 aparatos perdidos en su lucha contra los cazas japoneses, fue nefasto para Ozawa, que perdió el portaaviones *Hiyo*, tuvo averías diversas en otros tres y en un crucero, y perdió dos petroleros y cerca de un centenar de aviones.

Tras su ataque, el regreso de los pilotos norteamericanos hacia sus portaaviones resultó tan dramático como se esperaba y casi la mitad cayeron al agua, perdiendo aquel día 100 aparatos, aunque se salvó la mayoría de las tripulaciones.

Para los japoneses, la batalla del mar de las Filipinas fue desastrosa. Kakuta se hizo

JIZABURO OZAWA



Jizaburo Ozawa (Kojoegoen Mijazaki-ken, 1886-Tokio, 1966). Militar japonés. Este almirante que tuvo el infortunio de mandar la flota imperial en su ocaso y destrucción, fue, sin duda, uno de los marinos más interesantes de la guerra del Pacífico.

En 1936 era profesor en la Escuela de Altos Estudios Navales cuando ascendió a contralmirante. En vísperas del comienzo de la guerra ascendió a vicealmirante y recibió el mando de la flota que apoyó el avance japonés por Indonesia, la toma de Singapur y la expansión por las Indias holandesas. En 1944 dirigió la flota japonesa que libró y perdió la batalla del mar de las Filipinas. En la batalla de Leyte hizo de liebre ante los portaaviones de Halsey: consiguió su propósito, a costa de graves pérdidas.

En noviembre de 1944 fue designado subjefe del Estado Mayor General, y en mayo de 1945, cuando casi ya no disponía de buques ni de combustible, fue nombrado comandante en jefe de la flota imperial.

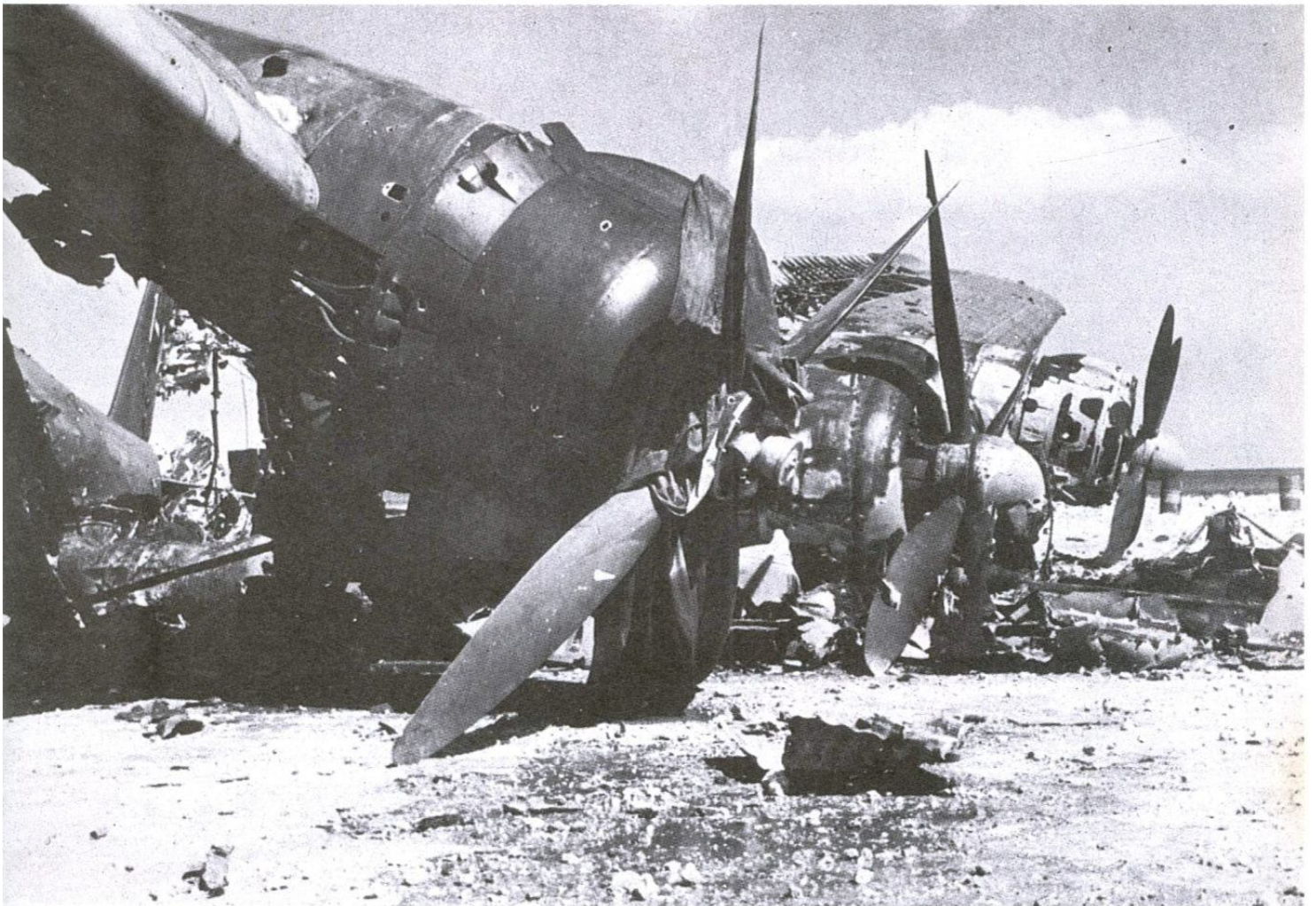
el *harakiri* y Ozawa presentó la dimisión, que no le fue aceptada. Para los norteamericanos, aquel encuentro victorioso abrió la posibilidad de continuar la conquista de las Marianas y tres divisiones desembarcaron al sur de Saipán, para iniciar la página más estremecedora de la guerra.

Alrededor de 31.000 hombres, entre guarnición y civiles japoneses, residían en la isla, cuya mayor elevación, el monte Topotchan, fue ocupado por los americanos el 24 de junio.

Al comprobar que a pesar de la terrible resistencia los americanos tomarían la isla, el día 16 de julio se suicidaron los dos jefes supremos. El almirante Nagumo se pe-

avanzaban hacia el interior, soldados y *marines* comprobaban horrorizados cómo mujeres, viejos y niños se arrojaban al mar desde los acantilados. El balance de Saipan produjo más de 26.000 muertos japoneses, y su resistencia retrasó la toma de Tinian y Guam, que fueron ocupadas después. En pocos días la primera isla y con más lentitud la segunda.

Había terminado la batalla de las Marianas. *La carretera de Tokio* enfilaba la recta final. En los meses de lucha por las Marianas, la Aviación japonesa había perdido unos 1.200 aviones y, con ellos, los pilotos y tripulantes experimentados de que disponía. En adelante, aparte de su progresivo



Restos de un bombardero japonés en una playa de Saipan. islas Marianas

gó un tiro en la cabeza y el general Saito se hizo el *harakiri*. Casi todos los enfermos del hospital se lo hicieron también y los 3.000 supervivientes de la guarnición se lanzaron, al día siguiente, a un ataque suicida contra los americanos.

Como última parte del drama, mientras

retraso tecnológico, los japoneses deberían enjugar su bisonñez, su inexperiencia como pilotos, lo que, en general, les convertiría en simples víctimas de los aviadores norteamericanos.

Hoy es claro que la guerra estaba decidida entonces y que un solo paso más, la

toma de las islas Riu-Kiu, hubiera puesto de rodillas a Tokio. Sin embargo, se siguió con el plan forzado por MacArthur: la toma de Filipinas.

Agonía sangrienta

Los últimos resultados cayeron como una bomba sobre el Gobierno militar de Tokio. Pero aquellos generales y almirantes se negaron a admitir la evidencia de la derrota y decidieron seguir luchando.

Washington deseaba una victoria sin condiciones, aplastante, humillante, de modo que cerró todos los caminos a una posible negociación que parase la guerra en aquel punto. Dada la mentalidad japonesa, la única salida era proseguir la guerra, aunque ello significara el *harakiri* nacional.

El 18 de julio fue destituido el general Tojo como primer ministro y el día 22 fue elegido otro general, Kuniaki Koiso, para sucederle. El nuevo Gabinete se propuso defender fundamentalmente Filipinas, aunque sin abandonar la campaña de China, en la consideración de que la pérdida del archipiélago cortaría la ruta del petróleo insulindio, ya escaso por la acción de los submarinos americanos. Si fallaban los suministros que el Ejército extraía de Filipinas y no llegaba el petróleo, las tropas de tierra, los barcos y los aviones estarían en gravísimas dificultades.

La defensa terrestre de Filipinas fue encargada al general Yamashita, el conquistador de Singapur, pero la acción principal se confió a la Marina. El plan consistió en una emboscada a la flota americana en cuanto tuviera lugar el primer desembarco en Filipinas.

Se sabía que el objetivo más apetecido eran los últimos portaaviones japoneses, de modo que la escuadra de Ozawa se aproximaría a los americanos con la intención de que la persiguieran. Entonces, la flota de combate (Kurita) se fraccionaría en dos grupos que atraparían a los americanos en el centro para batirlos con el fuego de acorazados y cruceros.

En la emboscada participarían el *Yamato* y el *Musashi*, dos acorazados de 70.000 toneladas, con la artillería más poderosa del mundo, considerados indestructibles por su acabada tecnología. Pintorescamente, la Marina japonesa, que había sido precursora en el empleo de la aviación naval, recurría

a una táctica superada por ella misma y confiaba en que los acorazados decidieran la guerra del mar.

Los americanos, y sobre todo el egocéntrico comandante del Pacífico suroccidental, general MacArthur, también pensaban en Filipinas. Había prometido volver y estaba dispuesto a cumplirlo, aunque el almirante Nimitz defendiera sus planes de avanzar más al norte. De nuevo se enfrentaron los intereses de ambos y Roosevelt debió volar a Honolulu, donde MacArthur le convenció de que Filipinas era el objetivo primordial.

Desde 1935 una resolución norteamericana establecía que el régimen político filipino era transitorio y daría paso a la plena soberanía el día 4 de julio de 1946. Como preparación para la invasión, el Senado decidió adelantar la independencia al momento en que los primeros soldados desembarcaran en las islas.

El 15 de septiembre, los norteamericanos tomaron Morotai, una isla al oeste de Nueva Guinea, que debía servir de base aérea para la operación. Luego desembarcaron en las Palau, a medio camino entre Guam y Mindanao.

Desde el 10 de octubre, la Aviación devastó Formosa y atacó duramente Luzón y Okinawa. Los portaaviones de Mitscher abatieron unos 500 aviones enemigos, con sólo 79 pérdidas, pero en la dureza de los combates los pilotos japoneses informaron que la escuadra americana había sufrido daños cuantiosos.




No era cierto y supuso un error muy grave. El mando japonés creyó su propia propaganda, supuso que podría rematar la operación con el plan concebido anteriormente y se decidió a arriesgar el grueso de sus buques. Toda la escuadra se puso en operaciones en el convencimiento de que, si perdía la batalla, todo estaría perdido en el mar.

La batalla del golfo de Leyte

El primer desembarco (20 octubre) en Filipinas tuvo lugar en la isla de Leyte, porque estaba en mitad del archipiélago y suponía dividir la defensa japonesa. La fuerza de desembarco eran cuatro divisiones (Krueger) protegidas por una flota de barcos antiguos y portaaviones de escolta (Kinkaid). Más al norte, la 3.^a Flota (Halsey), formada por los barcos modernos y portaaviones de ataque, cubría la operación.



BATALLA DE LEYTE

- | | | | |
|---|---|---|---|
|  | Flotas norteamericanas | C | Destrucción del grupo Nishimura |
|  | Agrupaciones navales japonesas | D | Shima recoge a los naufragos y resto de la flota de Nishimura y se retira |
|  | Choques aeronavales | E | Halsey destroza a Ozawa |
| A | Kurita pierde los cruceros <i>Atago</i> y <i>Maya</i> | F | Kurita sorprende la agrupación de portaaviones auxiliares de Sprage |
| B | Hundimiento del <i>Musashi</i> | | |

De acuerdo con sus planes, los japoneses se pusieron en marcha tras el primer desembarco. La flota de Ozawa (portaaviones *Chiyoda*, *Zuikaku*, *Zuiho* y *Chitose*, más dos portaaviones auxiliares, dos acorazados y varios cruceros y destructores) buscó a la americana para servir de reclamo, mientras la de Kurita (7 acorazados, 13 cruceros, 3 cruceros ligeros y 23 destructores) se dividía en tres formaciones para tratar de sorprender a los norteamericanos, destruir sus transportes y bombardear a las tropas desembarcadas en Leyte.

La fuerza principal (mandada directamente por Kurita) se dirigió hacia el estrecho de San Bernardino, y las secundarias (vicealmirantes Nishimura y Shima), al estrecho de Surigao, para converger ambas sobre las cabezas de playa norteamericanas en el golfo de Leyte.

Incomprensiblemente, Halsey mordió el anzuelo y siguió a Ozawa, que se llevó tras su casi desarmada escuadra a la más poderosa agrupación naval de la tierra, mientras que la 7.^a Flota (Kinkaid) quedaba en peligro de ser envuelta, como en efecto ocurrió. Pero no adelantemos los acontecimientos.

Entre los días 24 y 26 de octubre se libró en tres escenarios diferentes lo que luego se denominaría batalla de Leyte, donde la superioridad armamentista norteamericana, pese a los errores de sus mandos, se impuso abrumadoramente a los japoneses, con un armamento cada vez más obsoleto.

En los prolegómenos de la batalla, madrugada del 23 de octubre, las cosas comenzaron a rodar mal para los japoneses. La escuadra de Kurita, que avanzaba en paralelo a la costa de Palawan, fue descubierta y

seguida por dos submarinos norteamericanos, que dieron la alerta a Halsey y, de paso, lanzaron con fortuna sus torpedos, hundiendo dos cruceros pesados.

Durante el día 24, la escuadra de Ozawa multiplicó sus esfuerzos para atraer a Halsey, enviando repetidas oleadas de aviones contra su escuadra, que también fue atacada por aviones con base en tierra.

Ese día perdieron los norteamericanos su portaaviones *Princeton*; pero los aviones de Halsey, que no hallaron a Ozawa, descubrieron a Kurita.

El gigantesco acorazado *Musashi* (70.000 toneladas) sufrió media docena de ataques aéreos. Alcanzado con 16 bombas de 500 y 1.000 kilos y con 21 torpedos, aquel coloso, tras ocho horas de combate y agonía, se hundió al atardecer, llevándose al abismo 1.023 muertos.

Kurita dio media vuelta para escapar de los aviones, pero al terminar la luz del día 24 volvió proa hacia el estrecho de San Bernardino. Los aviadores de Halsey creyeron haber hundido todos los acorazados de Kurita, pues cada una de las formaciones que alcanzó al *Musashi* se atribuyó el hundimiento. Ante esto, Halsey, que ya había descubierto a Ozawa, marchó contra él despreciando la amenaza de Kurita, a quien suponía en retirada.

Simultáneamente, Nishimura, sin ninguna fe en el triunfo, se lanzó a una carga suicida en el estrecho de Surigao. A la salida le esperaban los viejos y potentes acorazados de Oldendorf (encuadrados ahora en la flota del Kinkaid).

No tuvo posibilidad alguna: atacado en los estrechos parajes por lanchas torpederas

PODERIO ABRUMADOR

Una de las mayores concentraciones navales de todos los tiempos fue la encargada de aplastar a los japoneses en Filipinas. Componían aquel inmenso despliegue las flotas 7.ª (Thomas Kinkaid) y la 3.ª (Halsey).

La primera estaba formada por 738 buques: 154 unidades de combate (18 portaaviones de escolta, con unos 500 aviones, 6 acorazados, dos docenas de cruceros y un centenar de destructores), 84 dragaminas y otros buques auxiliares, 420 transportes (con 132.000 soldados combatientes y cerca de 100.000 en los servicios); más de 200.000 toneladas de armas y diferentes pertrechos), 80 petroleros y, además, talleres, hospitales, etcétera.

La segunda, que operaba como principal fuerza de ataque y cobertura, se componía de 17 portaaviones (con unos 1.200 aparatos), 6 acorazados, 17 cruceros y 64 destructores. Como reserva actuaban 11 portaaviones de escolta, con medio millar de aviones de repuesto, medio centenar de buques menores, varias docenas de lanchas torpederas y un centenar de submarinos en torno a Filipinas.



MacArthur proclama la liberación de la isla de Leyte

y destructores que le hicieron mucho daño, a la salida del estrecho Oldendorf le disparó más de 4.500 granadas de grueso calibre, valiéndose de la guía del radar, ya muy precisa en aquellos momentos, mientras Nishimura respondía a ciegas, guiándose sólo por los lejanos resplandores de los cañones enemigos.

Enfrentamiento en el mar

Deslumbrados, ensordecidos y abatidos por la tempestad de metralla, los japoneses continuaron disparando y avanzando hasta que sus acorazados *Yamashiro* y *Fuso*, un crucero y cuatro destructores fueron hundidos. La pequeña formación que le seguía a distancia, mandada por Shima, recogió a los naufragos que halló a su paso y se retiró, sufriendo algunas pérdidas el día 25 bajo el ataque de los aviones de Kinkaid.

Y mientras los siete buques de Nishimura se hundían destrozados, llevándose entre su ardiente chatarra más de 5.000 vidas japonesas con su vicealmirante al frente, Halsey aceleraba su persecución contra Ozawa, que se alejaba hacia el norte.

Al amanecer del día 25 lanzó el norteamericano sus aviones contra la casi indefensa flota japonesa y en seis oleadas consecutivas —con un total de 527 salidas— logró hundirle cuatro portaaviones, un crucero y dos destructores.

Pero Halsey no podría saborear las mieles de la victoria, porque pocos minutos después de haber iniciado su ataque recibía las desesperadas llamadas de auxilio de Kinkaid: Kurita atacaba.

Efectivamente, el almirante japonés, con

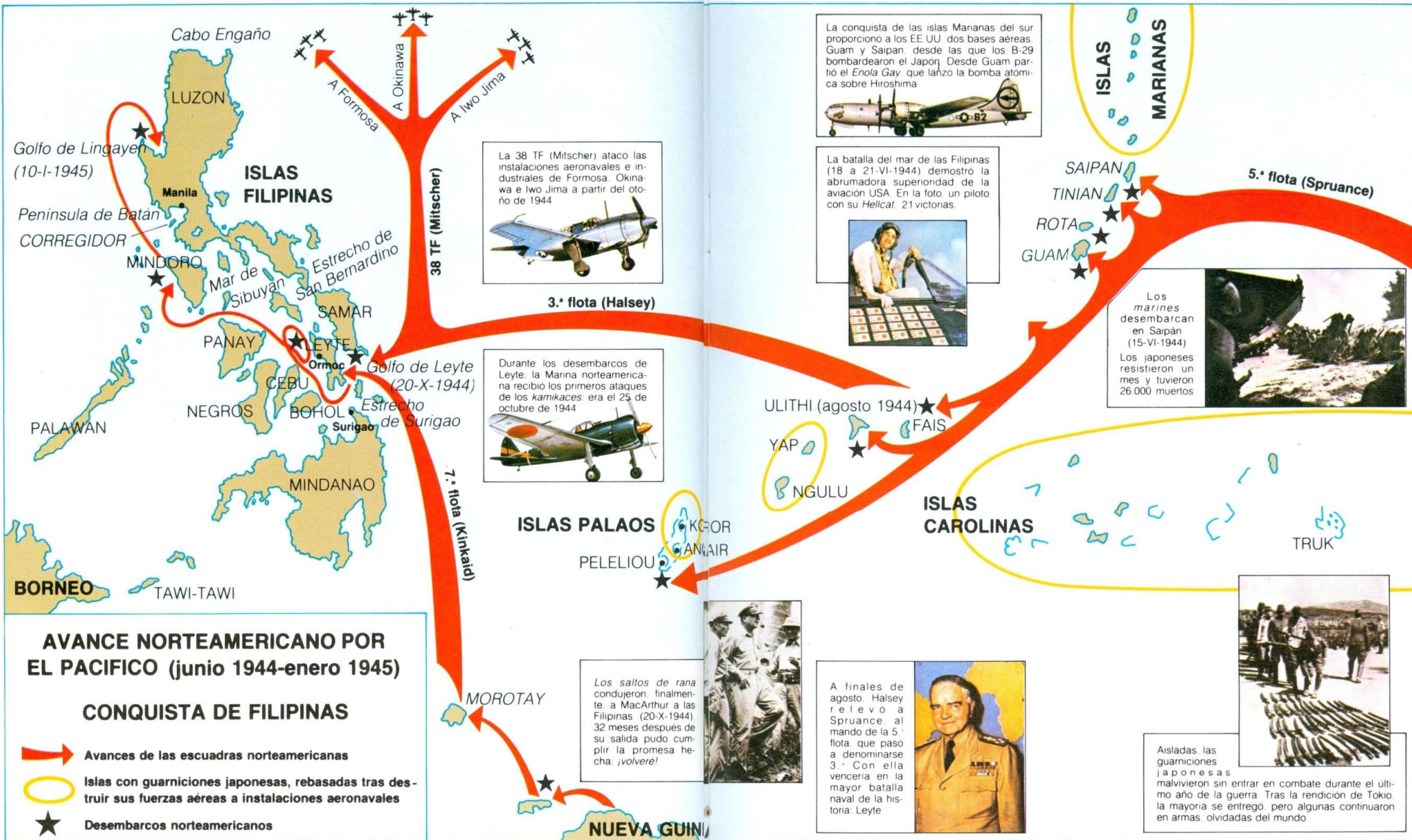
IMPOTENCIA JAPONESA

El 12 de octubre de 1944, la Task Force 38 (la de Mitscher, en esta ocasión colocada a las órdenes de Halsey) lanzó su primer ataque contra Formosa, con cerca de 300 cazas F6F Hellcat.

El vicealmirante Fukudome envió

230 Ceros para repeler el ataque, del que dejó este relato:

Un terrible combate aéreo se entabló precisamente sobre mi puesto de mando. Nuestros cazas se precipitaron contra los invasores, y parecían hacerlo tan bien que no pude desearles nada mejor. En cuestión de segundos se vieron caer uno tras otro numerosos aviones envueltos en llamas. ¡Bravo, bravo!, grité entusiasmado, y no pude menos de romper en aplausos. Pero, ¡ay!, un examen más detenido me reveló que ¡todos los que caían eran cazas *nuestros* y que todos los que orgullosamente describían círculos sobre nuestras cabezas eran aviones enemigos! Nuestros *Ceros* no eran más que otros tantos huevos arrojados contra el muro de piedra de la indomable formación enemiga. En un breve encuentro, el combate terminó con una derrota total para nosotros.



dos acorazados (entre ellos el *Yamato*), dos cruceros de batalla, ocho cruceros pesados y 15 destructores, amaneció a 30 kilómetros de 16 portaaviones de escolta, protegidos por 15 destructores, pertenecientes a la 7.ª Escuadra norteamericana.

Era como un sueño maravilloso para Kurita y como una pesadilla para el jefe de

aquella agrupación, contralmirante Clifton A. Sprague, que se vio sentenciado a la más completa destrucción. Sin embargo, en el combate que se desarrolló a continuación, calificado por Nimitz como *las dos horas más gloriosas de la Marina americana*, las pérdidas japonesas casi igualaron a las americanas, que perdieron un portaavio-

nes y tres destructores y sufrieron graves destrozos dos portaaviones más y otros cuatro destructores.

Después de haber perdido tres cruceros, Kurita tocó retirada a las 9.25 horas, cuando Sprague estaba ya a su merced. Esta fase de la batalla demostró lo anticuado de la flota japonesa: sus inmensos cañones resul-

taron inefectivos contra un enemigo que se protegía tras cortinas de humo, desde las que lanzaba oleadas de torpedos y una lluvia de proyectiles ligeros, pero eficaces.

Esa impotencia fue lo que hizo retirarse a Kurita, que sin radares poderosos y precisos no podía saber dónde se hallaba el resto de la escuadra norteamericana.

Esta serie de choques aislados, denominados batalla de Leyte, constituyó la mayor contienda naval de todos los tiempos. Se habían enfrentado 282 buques de guerra, con un desplazamiento total de más de dos millones de toneladas (en Jutlandia apenas si alcanzaban las flotas 1.600.000 toneladas) y más de 2.000 aviones.

	Japón	Estados Unidos
Portaaviones de ataque	4	1
Portaaviones de escolta	—	2
Acorazados	3	—
Cruceros pesados	6	—
Cruceros ligeros	3	—
Destruyores	8	3
TOTAL	24	6
Tonelaje	294.000	40.000
Aviones (estimados)	250	150
Bajas humanas	10.000*	3.000**

* Estimados.

** Mitad muertos, mitad heridos.

En esta batalla, parte de las pérdidas sufridas por los norteamericanos fueron ocasionados por un nuevo factor introducido en la guerra, los pilotos suicidas, los *kami-*

kazes (viento divino), que si bien habían tenido alguna actuación aislada anterior, aparecieron como fuerza organizada.

El día 25 lanzaron cuatro ataques con cinco aviones cada uno. Once pilotos suicidas fueron derribados sin que ocasionaran percances, pero los nueve restantes alcanzaron con mayor o menor acierto siete portaaviones de escolta norteamericanos. Uno se fue a pique y los demás sufrieron daños de diversa gravedad. Once aviones fueron destruidos dentro de los buques, que tuvieron cerca de 600 bajas (más de la mitad muertos). Pese a todo, tampoco su actuación pudo cambiar el curso de la guerra.

Victoria rotunda

Para Japón, la batalla de Leyte representó el final de su Marina de superficie, que desde entonces sólo desarrolló funciones auxiliares. Para un imperio marítimo que tenía como metrópoli un archipiélago, este era el fin.

La política americana no abandonó, sin

DILUVIO DE BOMBAS

Hoy es casi universal la opinión de que el masivo bombardeo de Japón pudo evitarse, y con ello una apocalíptica destrucción de vidas y medios materiales. Y, sin embargo, aquella destrucción se llevó a cabo. Los dos motivos que hoy pueden aducirse son el temor y el odio.

Temor a una inmensa sangría, como Guadalcanal, Tarawa, Leyte y, si había que asaltar el territorio metropolitano, como Iwo Jima y Okinawa. Se habló de un millón de bajas norteamericano-británicas como hipótesis más pesimista, en el caso de la ocupación, isla tras isla, de todo el territorio japonés.

Respecto al odio, un autor tan poco sospechoso como el general británico J. F. C. Fuller, uno de los más prestigiosos comentaristas militares del siglo xx, escribe refiriéndose a Roosevelt y a Churchill: ¿Qué les indujo a una política tan fatal? Nos atreveríamos a responder: ¡Solamente un odio ciego! Sus corazones quedaron aislados de sus cerebros y sus emociones tendieron una niebla sobre

su razón. Para ellos la guerra no fue un conflicto político en el sentido normal de la palabra, sino una pugna maniquea entre Dios y el diablo y, con el fin de arrastrar a sus pueblos tras ellos, desencadenaron una vitriólica propaganda contra el mal que invocaron.

Sea por estos u otros motivos, lo cierto es que Japón recibió más de 20.000 visitas de las superfortalezas B-52, que arrojaron sobre sus ciudades e industrias unas 134.000 toneladas de bombas entre el 24 de noviembre de 1944 y el 9 de agosto de 1945.

Aquel horror culminó con las dos bombas atómicas de los días 6 y 9 de agosto. Los bombardeos ocasionaron más de 365.000 muertos y cerca de medio millón de heridos (105.000 muertos y 60.000 heridos en Hiroshima y Nagasaki, sin contabilizar los efectos posteriores, que aún persisten). Esos ataques dejaron a 10 millones de personas sin hogar.

He aquí una muestra de los bombardeos, su frecuencia, carga y efectos:

Fecha	Ciudad	Número de B-29	Toneladas de bombas	Superficie destruida
12 de marzo	Nagoya	286	?	5 km ²
14 de marzo	Osaka	?	2.240	14 km ²
16 de marzo	Kobé	?	2.300	5 km ²
22 de marzo	Nagoya	300	2.000	1 km ²
13 de abril	Tokio	327	2.300	18 km ²
15 de abril	Tokio	?	754	8 km ²
24 de mayo	Tokio	520	3.646	35 km ²
26 de mayo	Tokio	?	3.252	
29 de mayo	Yokohama	459	2.769	85 %



Aunque el general Yamashita ordenó que no se defendiera Manila, las tropas japonesas resistieron dentro de la ciudad durante un mes, destruyéndola calle por calle

embargo, su manera excesivamente militar de considerar la situación. Una vez dominada la Marina japonesa, el problema militar debía pasar a segundo término, en función de las necesidades políticas que, a diferencia de Europa, estaban en el Pacífico a merced de los Estados Unidos, sobre quienes recaía el esfuerzo bélico.

La diplomacia americana continuó, sin embargo, fiel a la implicación de la URSS, aunque tras la batalla de Leyte ya no tenía finalidad una ofensiva desde Siberia y era más rentable llegar a una paz negociada con Japón que ofrecer a Stalin participación en el botín a cambio de intervenir tardíamente en la guerra.

En 1941, la potencia industrial japonesa representaba un 10 por 100 de la norteamericana, pero la mayor parte de los alimentos y materias primas debían llegar, por vía marítima, desde Manchuria y Corea, de modo que el dominio marítimo era la clave de la pervivencia japonesa.

Una vez barrida la flota de combate y destruidos la mayor parte de los mercantes por los submarinos y los aviones americanos, el tráfico marítimo japonés estaba estrangulado.

Entre las existencias de 1941 y las construcciones y capturas de la guerra, Japón totalizó alrededor de diez millones de toneladas de barcos mercantes, de las que casi

nueve millones fueron a parar al fondo del océano. Bastaba intensificar las destrucciones contra el millón de toneladas restantes para que el Japón quedara literalmente en la indigencia.

La insistencia de los militares y marinos americanos, deseosos de una victoria rotunda, obligó a proseguir la conquista de las islas y debilitó la postura diplomática frente a la inteligente política de Stalin. Entre tanto, las operaciones terrestres continuaban en la isla de Leyte, donde había una sola división japonesa y cinco aeródromos. Los americanos tomaron todos los campos de aterrizaje y desbarataron la resistencia japonesa antes de que llegara un refuerzo de cinco divisiones, enviado desde Luzón.

La base principal de la isla era Ormoc, que no pudo ser tomada porque las lluvias entorpecieron las operaciones. Los japoneses aprovecharon la coyuntura para enviar más refuerzos —a pesar de las destrucciones de transportes— y elevar sus efectivos en la isla a 60.000 hombres.

Los americanos tenían ya 180.000 en tierra y los combatieron con un nuevo desembarco cerca de Ormoc, que logró reducir la resistencia. Cerrada la posibilidad de recibir suministros, la guarnición resistió dos semanas, mientras los *kamikazes* mantenían una durísima ofensiva contra la flota americana.

Para desorganizar la resistencia japonesa, impedir sus comunicaciones y poner Manila al alcance de su aviación táctica, MacArthur atacó Mindoro, isla del archipiélago filipino situada a 500 kilómetros al noroeste de Leyte. La flota cumplió su objetivo sin oposición japonesa: sólo el impacto de un *kamikaze* contra el buque insignia *Nashville*, que quedó plagado de muertos y fuera de combate.

El desembarco se realizó con tal velocidad y sigilo que los *marines* no sufrieron ni una sola baja. Por el contrario, la flota afrontaría un tremendo tifón, que hundió tres destructores, destrozó 150 aviones y mató a más de 700 hombres.

Con la ocupación de Leyte y Mindoro, el archipiélago filipino resultaba dividido en dos partes: al norte, la isla de Luzón; al sur, las de Negros, Panay, Bohol, Cebú y Mindanao. Todas las guarniciones japonesas quedaban al alcance de los aviones con base en tierra de MacArthur, y Yamashita, acosado por todos los sitios y sin el apoyo de su flota, veía a sus fuerzas divididas en dos y se encontraba impotente para reforzar las guarniciones atacadas. Sería la isla de Luzón la primera en ocuparse y el golfo de Lingayen el primer punto de desembarco, allí donde los japoneses lo hicieron en diciembre de 1941.

El ataque fue precedido por una importante combinación de bombardeos, falsas noticias, amagos y acciones de las guerrillas filipinas, hasta que el 10 de enero de 1945 saltaron a tierra cuatro divisiones; como cuatro años antes los japoneses, sólo a 110 kilómetros de Manila.

MacArthur llevaba la operación con evidentes nostalgias y quiso evitar que los japoneses se refugiaran en Batán, por lo que ordenó otro desembarco para ocupar la península de trágicos recuerdos.

El lanzamiento de una división aerotransportada al sur de Manila precipitó el desenlace y comenzaron las rendiciones de destacamentos aislados. El general Yamashita ordenó que no se defendiera Manila. Pero el comandante naval, almirante Iwanachi, no obedeció.

Mientras en el mar los *kamikazes*, los torpedos humanos y los hombres-rana japoneses llevaban a cabo un holocausto inútil, aunque costoso para la flota americana, Iwanachi llevó el mismo espíritu suicida a la ciudad. La fanática resistencia casa por casa destruyó Manila durante un mes.

Como años antes, la isla de Corregidor fue escenario de otra lucha encarnizada. La aviación arrojó sobre los japoneses que resistieron 3.128 toneladas de bombas, mientras la artillería de los barcos machacaba sus costas. A los lanzamientos de paracaidistas siguieron desembarcos con carros lanzallamas que tropezaban con la habitual resistencia, hasta que los últimos defensores se suicidaron volando un depósito de municiones.

Junto a Corregidor, tres islas fortificadas (del Fraile, de la Monja y de Pulo Capelo) no pudieron ser tomadas, a pesar de los esfuerzos, y la Marina las quemó con su guarnición, mediante barcasas de combustible y granadas incendiarias.

A pesar de todo y de la resistencia que los numerosos destacamentos japoneses pensaban ofrecer en las islas, el camino de Filipinas estaba abierto y las autoridades filipinas tomaron posesión, mientras las noticias de las atrocidades japonesas en Manila llegaban a los Gobiernos extranjeros, que presentaron notas de protesta a Tokio.

Los bombardeos sobre Japón

Como demostración de la evidente debilidad japonesa, la escuadra de Halsey atacó casi impunemente las bases y barcos nipones en Indochina, Hong Kong, sur de China, Formosa y Okinawa. El ataque de los aviones americanos a todos los rincones de la Gran Asia era mucho más significativo que los vuelos de *kamikazes*. Evidentemente, la suerte estaba echada.






Después de que los aviones americanos bombardearan testimonialmente Tokio, en abril de 1942 no se repitió la operación. El siguiente ataque aéreo corrió a cargo del 20.º *Mando de Bombardeadores*, que tenía sus bases en China y la India.

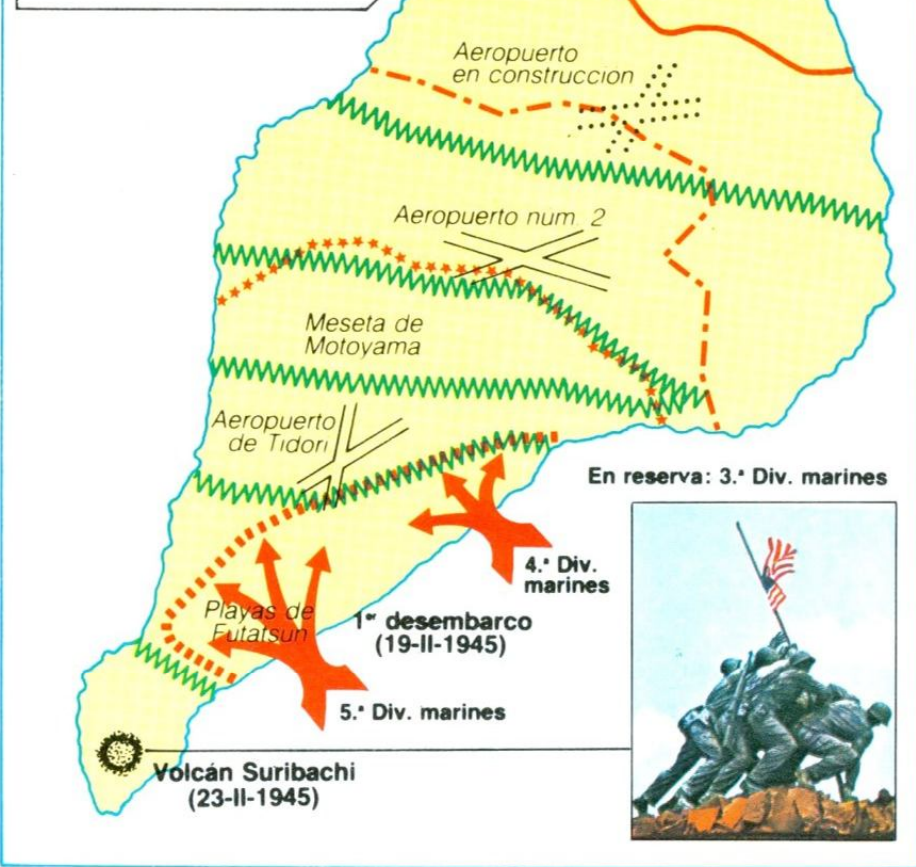
En junio de 1944, 50 aparatos bombardearon Yawata, sede de la industria japonesa del acero. Pero los resultados del 20.º *Mando* fueron tan escasos y su mantenimiento tan difícil que fue retirado a principios de 1945.

Los aviones que habían tomado parte en el ataque a Yawata eran, sin embargo, los más poderosos de la Segunda Guerra Mundial: las *fortalezas volantes B-29*.

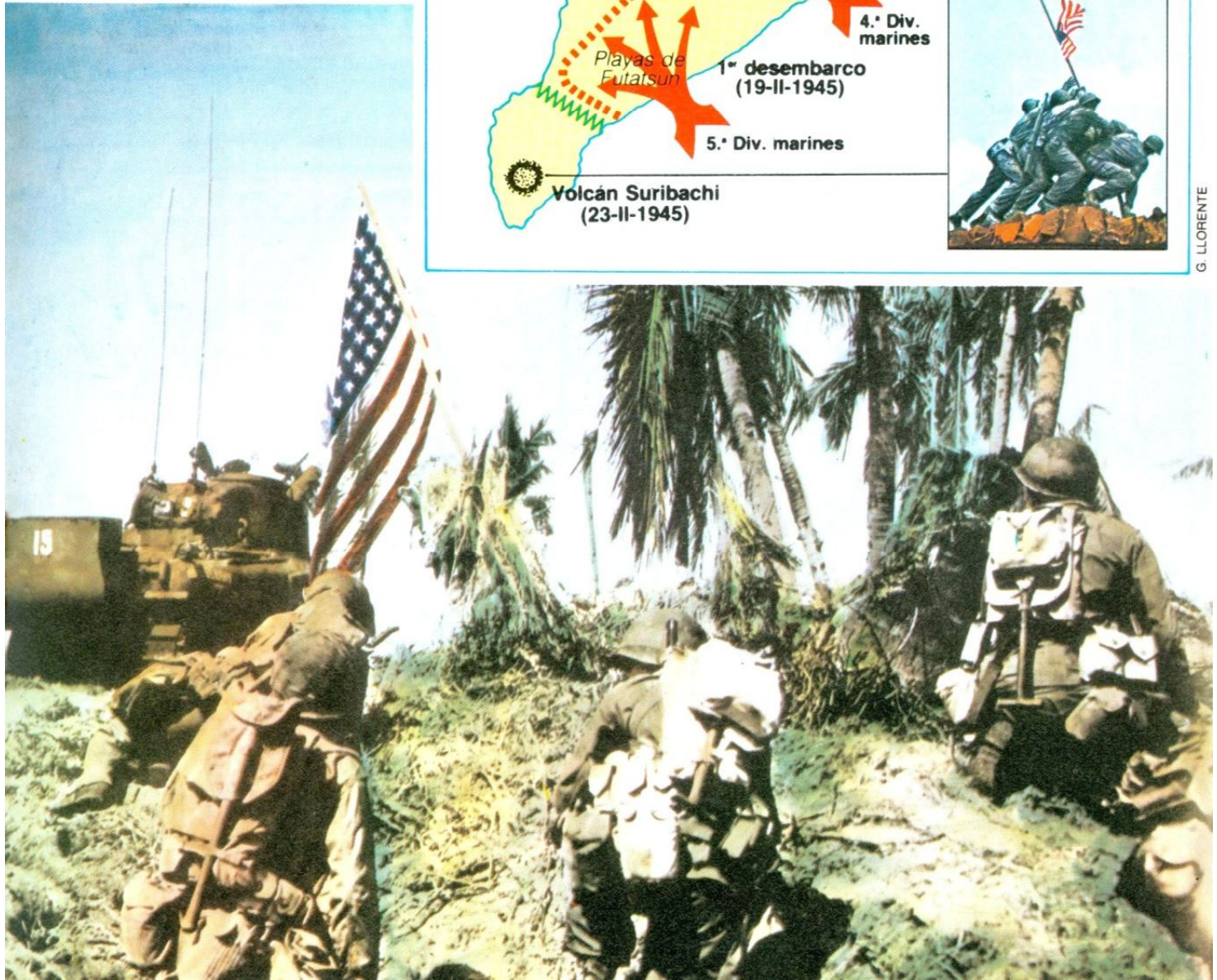
Cuando en el verano de 1944 los norteamericanos conquistaron las Marianas, los *B-29* contaron con bases suficientemente cercanas a Japón para emplearse contra él. Así, a finales de octubre de 1944, quedó

Esquema del asalto norteamericano a Iwo Jima. La ilustración enmarcada en el mapa es el monumento a los caídos norteamericanos en la guerra del Pacífico alzado en el cementerio de Arlington y está tomado de una de las fotos más famosas de la guerra, justamente al tomar Iwo Jima

-  Líneas de defensa japonesa
 -  Desembarco y avance USA (19-II-1945)
 -  Situación el 25-II-1945
 -  Línea USA (3-III-1945)
 -  Avance hasta el 9-III-1945
 -  La última bolsa japonesa se rinde el 26-III-1945
- IWO JIMA**



Avance norteamericano a través de una isla cuya vegetación ha sido segada por la metralla



preparada la primera pista en la isla de Saipan (Marianas), y el 21.º Mando de Bombardeos envió a ella un Ala de Bombardeo con 112 B-29.

Un mes después despegaban para bombardear Tokio, en una salida masiva. De los 111 aviones que habían partido regresaron 109, pero los resultados del bombardeo fueron escasos.

Durante los tres meses siguientes, los aviones de Saipan bombardearon Japón durante el día, en ataques de precisión que tuvieron malos resultados, pero obligaron a dispersar la Aviación y parte de la industria aeronáutica japonesa.

En el mes de marzo de 1945 ya había en las Marianas más de 300 bombarderos y se cambió la táctica. Como los japoneses tenían pocos cazas nocturnos, se bombardeó de noche y a baja altura, para lograr mejores blancos.

El especial enconamiento de la guerra se reveló en la elección de los objetivos. Los bombardeos habían eliminado prácticamente la navegación costera y el tráfico de carbón se hacía ahora por ferrocarriles, especialmente vulnerables. Si los ataques aéreos se hubiesen dedicado a las vías férreas, el tráfico carbonífero se habría colapsado y, con él, la industria.

El mismo Estado Mayor americano calculaba que con 650 salidas aéreas y un total

de 5.200 toneladas de bombas podía conseguirse un objetivo que finalizaría la guerra en un breve plazo. Pero, en lugar de ello, se eligió el desembarco en Japón, precedido por una política de bombardeos masivos.

En lugar de una pronta rendición japonesa pactada, se mantuvo la línea de rendición incondicional. Y los objetivos elegidos fueron las ciudades.

Así, los B-29 realizaron unas 20.000 salidas y arrojaron 104.000 toneladas de bombas sobre las 66 principales ciudades y 29.400 toneladas sobre las instalaciones industriales más importantes. Desde marzo de 1945, las ciudades fueron preferentemente bombardeadas con artefactos incendiarios que causaban mayor destrucción que los explosivos sobre las frágiles viviendas japonesas, construidas en gran porcentaje con papel y madera.

El 9 de marzo de 1945 cayeron sobre Tokio cerca de 2.000 toneladas de bombas incendiarias lanzadas por 279 *superfortalezas* B-29. La cuarta parte de la ciudad quedó arrasada. Hubo 267.000 viviendas destruidas y 185.000 personas muertas.

En los días siguientes, Osaka, Kobe y Nagoya fueron devastadas, de manera que el día 19 los americanos suspendieron los bombardeos porque habían consumido las 10.000 toneladas de bombas incendiarias de su arsenal en las Marianas.

EL ACORAZADO DEL AIRE

En la primavera de 1944 llegaron a las sedes del 20 Comando Aéreo Norteamericano de la India y China el primer grupo de bombarderos Boeing B-29 Superfortress. Se trataba de unos aparatos gigantescos, los más grandes aviones construidos hasta la fecha, y los de más moderna concepción, hasta el punto de que marcarían un hito entre los antiguos bombarderos y los aviones pesados del futuro.

Este aparato, cuyos dos ejemplares más famosos fueron el Enola Gay y Bockscar, que lanzaron las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, tenían 4 motores de 2.200 caballos cada uno. Su envergadura era de 43,05 m; la longitud, de 30,18 m, y la altura, de 9,02 m. Su peso al despegar con máxima carga era de 64 toneladas.

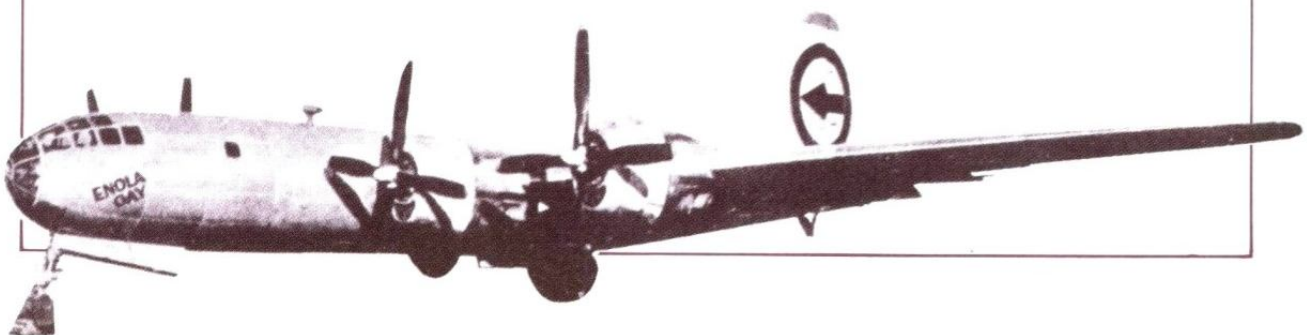
Alcanzaba una velocidad de 576 km/h, algo fan-

tástico en aquellos tiempos; tanto que podía volar sin apoyo de cazas, a lo que colaboraba mucho su excelente blindaje y solidísima hechura y su armamento: un cañón de 20 mm y 10 ametralladoras.

Este armamento se dirigía desde un control central de tiro, servido por radar y por un centro de cálculo, de modo que las armas se manejaban a distancia y con suma precisión.

Su techo de servicio era de 9.700 metros y su autonomía tipo de 6.600 kilómetros, con una carga de 4.100 kilos de bombas. En el Pacífico llegaron a recorrer casi 10.000 kilómetros con dos toneladas de bombas.

De este aparato, que tuvo varias versiones, se fabricaron 3.970 ejemplares durante la Segunda Guerra Mundial.



Naturalmente, los servicios de municionamiento repusieron rápidamente sus depósitos, de modo que en julio se arrojaron sobre Japón tres veces más bombas que en marzo y, además, se lanzaron minas en las costas para impedir el tráfico marítimo.

El pánico se apoderó de las poblaciones

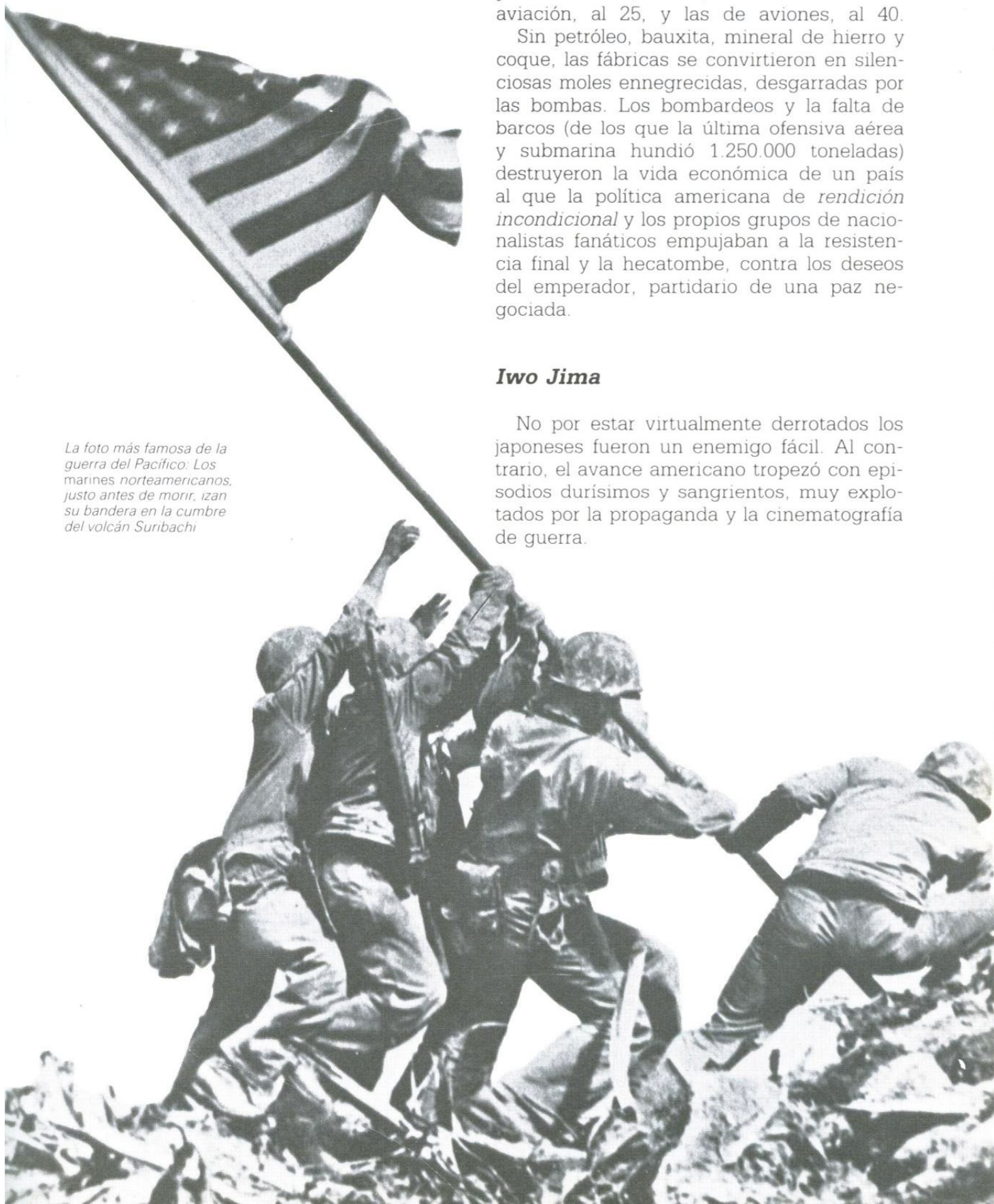
urbanas, y mucho más cuando los americanos tomaron la costumbre de lanzar octavillas avisando de los bombardeos inmediatos. Más de 8.500.000 japoneses huyeron al campo y la economía de guerra se derrumbó con la producción de las refinerías de petróleo al 15 por 100; las fábricas de equipo electrónico, al 30; las de motores de aviación, al 25, y las de aviones, al 40.

Sin petróleo, bauxita, mineral de hierro y coque, las fábricas se convirtieron en silenciosas moles ennegrecidas, desgarradas por las bombas. Los bombardeos y la falta de barcos (de los que la última ofensiva aérea y submarina hundió 1.250.000 toneladas) destruyeron la vida económica de un país al que la política americana de *rendición incondicional* y los propios grupos de nacionalistas fanáticos empujaban a la resistencia final y la hecatombe, contra los deseos del emperador, partidario de una paz negociada.

Iwo Jima

No por estar virtualmente derrotados los japoneses fueron un enemigo fácil. Al contrario, el avance americano tropezó con episodios durísimos y sangrientos, muy explotados por la propaganda y la cinematografía de guerra.

La foto más famosa de la guerra del Pacífico: Los marines norteamericanos, justo antes de morir, izan su bandera en la cumbre del volcán Suribachi



La táctica norteamericana fue no detenerse a vencer las últimas resistencias japonesas en cada zona, porque entonces la guerra se habría alargado indefinidamente. De este modo, cuando se conquistaron los puntos más importantes de Filipinas, se prosiguió hacia Japón.

El plan previo establecía que se ocuparía Formosa y parte de la costa china antes de atacar el archipiélago nipón, pero las operaciones de bombardeo necesitaban bases intermedias. Los B-29 que atacaban desde las Marianas caían al mar en caso de avería, y los cazas carecían de radio de acción para un viaje tan largo.

Entre las Marianas y Japón está el archipiélago de las Bonin, cuya isla de Iwo Jima parecía adecuada para base de apoyo. El mando americano pensaba también tomar otra base en la ruta entre Japón y Formosa, ocupando Okinawa, que está a medio camino. Pero la operación de Iwo Jima se adelantó porque la necesitaban los aviones de las Marianas y su ocupación parecía más fácil.

La isla es un peñón volcánico, deshabitado y cubierto de cenizas negras, apenas guarnecido durante la guerra, pero reforzado últimamente. Sus 25.000 defensores, al mando del general Kuribayshi, contaban con fortificaciones muy completas basadas en cuevas naturales y artificiales, enlazadas por túneles profundos, que podían resistir cualquier bombardeo.

El ataque fue responsabilidad del almirante Nimitz, que envió una fuerza anfibia muy poderosa (Spruance), con tres divisiones de *marines* (Holland Smith).

Desde el 8 de diciembre de 1944 hasta el 3 de enero de 1945, la aviación atacó Iwo Jima. A partir del 16, la artillería naval se volcó en otro bombardeo que parecía levantar la isla de su base, pero cuando el 19 los *marines* pisaron la playa, la artillería y los morteros japoneses les detuvieron en las negras arenas volcánicas, sobre las que se movían difícilmente los blindados de desembarco, y les hicieron 2.500 bajas sólo el primer día.

El apoyo de la aviación y la artillería de la flota se unió a los aparatos de destrucción de los *marines*, que, con cargas magnéticas, carros lanzallamas, lanzacohetes y lanzaminas, reducían, uno por uno, los refugios enterrados y las cuevas, desde donde las ametralladoras japonesas hacían estragos.

En el mar, los *kamikazes* se centraron en

los portaaviones de Mitscher, hundieron el *Bismarck Sea* y averiaron seriamente el nuevo *Saratoga*, a pesar de la superioridad americana.

Al cuarto día de lucha, los *marines* tomaron el monte Suribachi, que domina Iwo Jima, y clavaron la bandera americana. La fotografía dio la vuelta al mundo y fue un símbolo para la propaganda patriótica norteamericana.

Pero la realidad era menos triunfal: los japoneses resistían en casi toda la isla y las cuevas fortificadas debían tomarse una por una, tras combates de inaudita dureza. El 5 de marzo se reagruparon las fuerzas norteamericanas y, con todo el apoyo de la escuadra y la aviación, prosiguieron la conquista de aquel laberinto fortificado.

El día 15, el cuartel general de Iwo Jima telegrafió tres poemas a Tokio como despedida y dejó de funcionar; el día 26, cinco semanas después del primer desembarco, se conquistó la isla, con excepción de reductos y bolsas aisladas que fueron dejadas para la *limpieza* posterior.

Unos 21.000 japoneses murieron y sólo 200 habían caído prisioneros. Las resistencias aisladas se mantuvieron dos meses, y el balance final dio unos 1.000 japoneses prisioneros, y todos los demás, muertos. Los americanos tuvieron 4.189 muertos, 15.308 heridos y 441 desaparecidos, un tercio de bajas sobre la fuerza desembarcada.

A estas cifras habría que añadir las bajas —cerca de 2.000— originadas por los ataques de los *kamikazes* y las producidas por las enfermedades —2.648—. En total, los norteamericanos tuvieron cerca de 6.000 muertos y casi 20.000 heridos.

Birmania

Las operaciones estaban vinculadas a la guerra en China, donde Chiang Kai-chek no había conseguido imponerse a los japoneses.

Una preocupación del cuartel general aliado en la India era establecer comunicaciones con China para abastecer la lucha, bien a través de la *ruta gris*, terrestre, o por medio de la aviación.

Como las comunicaciones por tierra estaban detenidas por la presencia japonesa en Birmania, se procuró que la Aviación americana abandonara las misiones de bombardeo, que tenían escasos resultados, para



BUTAN

SICHUAN

ASSAN

INDIA

Kohima

Imphal

Ledo

Mytkyina

Rio Chindwin

CHINA

Indaw

Kalewa

YUNAN

Kalemyo

Rio Irrawaddy

Maniwa

Mandalay

BIRMANIA

Yenangyaung

AKIAB

ARAKAN

LAOS

RAMREE

CHEDUBA




Pegu

Rangun

TAILANDIA

Bangkok

LA GUERRA EN BIRMANIA

-  Máxima penetración japonesa en Birmania y frontera con la India
-  Resistencia británica a los japoneses en el Estado de Assán
-  Ofensiva británica fracasada en diciembre de 1942
-  Acciones de los comandos de Wingate en 1943
-  Carretera abierta por Stilwell en el otoño-invierno de 1944 entre China y la India
-  Lanzamiento de paracaidistas
-  Ataques británicos y chino-norteamericanos en 1944-45
-  Líneas de resistencia japonesa en 1945
-  Retirada japonesa hacia Tailandia

dedicarse a los suministros; pero la desorganización del ejército de Chiang Kai-chek era enorme, algunos de sus generales eran auténticos bandidos, muchos suministros no llegaban jamás al frente y, en ciertos casos, el mercado negro los ponía en manos de los mismos japoneses.

El jefe del Estado Mayor chino era Joe Stilwell, general norteamericano que discrepaba profundamente con Chiang Kai-chek acerca de la conducción de la guerra. El generalísimo chino presionó hasta que Stilwell fue sustituido por el general Wedemeyer, el 28 de octubre de 1944.

Los planes para Birmania se habían activado entre tanto. Cuando, en la primavera, los ingleses rechazaron la ofensiva de Imphal, las operaciones quedaron detenidas y se estudiaron planes para reconquistar Birmania, donde permanecían los japoneses a pesar de su fracaso.

En aquellos momentos había dos frentes birmanos: uno al norte y otro en el centro. Un plan de ataque aliado, la *operación Drácula*, pensaba abrir un tercer frente en el sur, para tomar Rangún gracias a una operación anfibia desde la India, a través del golfo de Bengala.

Era una buena idea, capaz de resultados espectaculares, pero dependía de los medios de desembarco y de los abastecimientos americanos, que momentáneamente estaban volcados en la campaña del Pacífico.

Se optó entonces por la *operación Capital*, que consistía en avanzar por tierra desde las posiciones conquistadas tras la fracasada ofensiva japonesa de primavera. En este caso, los problemas eran sobre todo de transporte, en un terreno donde los ríos eran buenas vías de comunicación, pero apenas había carreteras.

A mediados de octubre, cuando hubo pasado el monzón, las fuerzas angloindias se movieron hacia Kalemyo y Kalewa, en el interior de Birmania, y a principios de diciembre cruzaron el río Chindwin cerca de Kalewa, recibieron refuerzos y continuaron en dirección a Monywa y Mandalay.

Los japoneses habían quedado desgastados por el fracaso de su última ofensiva y no podían recibir refuerzos, porque todas las reservas estaban embebidas en las operaciones contra los americanos en Filipinas.

El general Kimura recibió órdenes de resistir, para evitar que los ingleses abrieran la ruta de China o avanzaran para recuperar la península de Malaca. De modo que la

única posibilidad de Kimura fue concentrar sus tropas en el norte, para cortar el paso de China por la carretera de Mandalay y proteger los campos petrolíferos de Yenang-yang.

A mediados de diciembre, los ingleses progresaron también por la costa, hacia el sur de Birmania. Tres divisiones (Christison) se enfrentaron a dos muy poco nutridas de los japoneses (Sakuria) que, además, estaban retirando fuerzas para desplazarse al norte. Los británicos avanzaron rápidamente, y a finales de enero habían tomado la isla de Ramree.

En el frente norte, la mayor parte de las tropas eran divisiones chinas (Stilwell) que habían progresado poco. Las unidades *Chindits* estaban muy desgastadas y fueron reemplazadas por una división angloindia.

Cuando el general Wedemeyer sustituyó a Stilwell, sólo quedaron dos divisiones chinas, pues la mayoría habían sido retiradas para enfrentarlas a la amenaza japonesa en su propio país. Pero las tropas restantes pudieron rechazar a los debilitados japoneses y, a principios de 1945, limpiaron la carretera con China, que en abril quedó abierta desde Mandalay.

Pero no adelantemos acontecimientos. En el frente central, lo mismo que en los anteriores, también resultó palpable el agotamiento japonés, pero los británicos fracasaron en sus intentos de envolver a las tropas de Tokio, que se retiraron para establecer una línea defensiva al norte de Mandalay.

A finales de febrero, pese a la tenaz defensa japonesa para retrasar el avance británico, el Ejército aliado, con absoluta superioridad aérea, blindada y artillera, avanzó hasta Mandalay. Allí les aguardaba una desagradable sorpresa: los japoneses, pese a carecer de aviones, lanzaron violentos contraataques que pusieron en apuros a los británicos durante quince días.

Al final, como era previsible, los soldados de Tokio, diezmados, enfermos, con muy escaso armamento pesado y con la moral muy quebrantada, se retiraron hacia el sur. El día 20 de marzo, las fuerzas británicas ocuparon Mandalay. El coste de esa victoria fueron 10.000 bajas, pero las pérdidas japonesas aún eran mayores y, en el capítulo material, el Ejército japonés de Birmania casi había dejado de existir.

Rangún había quedado abierto para la ocupación, pero las tropas británicas estaban todavía a 450 kilómetros al norte. Mien-



La guerra en Birmania. Una muestra de la dificultad de las comunicaciones en la región fue la denominada ruta de Birmania (arriba). Porteadores chinos ayudan al ejército británico (abajo, izquierda). Tropas británicas camino de Mandalay (abajo, derecha)

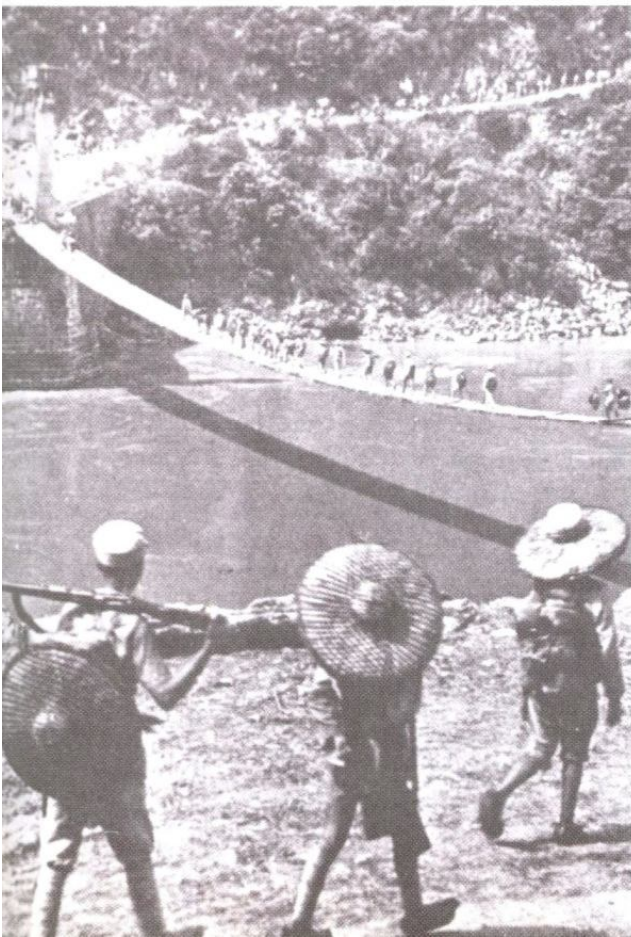
tras los japoneses se replegaban, combatiendo y procurando mantener abierta una comunicación con Tailandia, se puso en marcha la *operación Drácula*, ahora mucho más sencilla.

Un lanzamiento de paracaidistas y varios desembarcos tomaron la desembocadura del río Rangún, en el momento en que los japoneses iniciaban la evacuación de la capital. Cuando los ingleses lo supieron, reembarcaron a las tropas y los transportes remontaron el río, para entrar en la ciudad al día siguiente. Poco después llegaban también las tropas que habían descendido desde el frente central (general Slim).

Los 60.000 japoneses que todavía quedaban en Birmania pretendían refugiarse en Tailandia y los ingleses intentaron impedirlo. Los restos del Ejército de Sakurai, que estaban al oeste, tenían que atravesar todo el país y los ingleses desbarataron dos intentos importantes de cruzar el río Irrawadi hacia el este.

Unos 17.000 hombres lograron pasar y concentrarse para un último ataque en Pegu Yomas, que fracasó. Entonces se traccionaron en grupos pequeños para huir más fácilmente, pero los ingleses lograron que sólo unos 6.000 se pusieran a salvo.

Ante la evidencia del final, los japoneses intentaron en Indochina una operación política similar a la filipina: conceder la inde-



pendencia antes de que regresaran los colonialistas blancos. La Indochina francesa estaba formada por cuatro protectorados (Annam, Tonkin, Cambodia y Laos), la colonia de Conchinchina y el territorio arrendado de Kang Cheu.

El embrollo indochino

Las presiones japonesas habían obligado, en febrero de 1941, a que el Gobierno de Vichy firmara un acuerdo con Japón, desmembrando Indochina y, tres meses después otro, entregando todas las bases navales y aéreas, que desempeñaron un papel fundamental en la conquista japonesa del sudeste asiático. Por su parte, el reino de Tailandia, aliado del Japón, obtuvo 70.000 kilómetros cuadrados de territorio indochino.

A medida que se debilitaba la potencia militar japonesa, Indochina se vio envuelta en una complicada madeja de intrigas. El tratado de 1941 había respetado la soberanía francesa y las autoridades de Vichy continuaron en la zona, donde los japoneses controlaban la economía y se habían apropiado de todas las bases militares, incluida la de Cam Rahm, de 75 kilómetros cuadrados y magnífica posición estratégica respecto a Singapur y Manila.

A esta situación se añadió, durante la guerra, una organización nacionalista y revolucionaria, la *Liga para la Independencia de Vietnam*, presidida por Ho Chi Minh, que luchaba a la vez contra los japoneses y los colonialistas franceses. El 9 de mayo de 1945, los militares japoneses invadieron oficialmente Indochina y confinaron a las tropas francesas como prisioneros de guerra.

El imperio de Annam formaba parte de la *Unión Indochina* desde 1887, dependiente del gobernador francés. Los japoneses integraron en él todos los territorios indochinos y obligaron al emperador Bao Dai a declarar la teórica independencia de Francia, mientras la dominación militar nipona continuaba.

La situación se complicaba por la actitud norteamericana, partidaria de liberar Indochina de la colonización francesa, ponerla bajo una Administración internacional o crear varios Estados independientes.

En las tortuosas conspiraciones de retaguardia, agentes franceses se preparaban en la India para regresar a Indochina, con ayuda británica, mientras los americanos

procuraban evitarlo. Pero las tropas japonesas se mantuvieron en la zona, sin ser atacadas, hasta el final de la guerra.

Okinawa, la isla de la muerte

Mientras MacArthur proseguía su lento avance por el frente sur del Pacífico, tratando de terminar la lucha en el archipiélago filipino y neutralizando la presencia japonesa en Borneo, Nimitz disponía sus fuerzas para lanzar una estocada mortal a Tokio: la conquista de la isla de Okinawa, la mayor del archipiélago de Riu-Kiu, abrupta, rocosa, bastante poblada y con una poderosísima guarnición.

Desde ella pensaban los norteamericanos lanzar sus aviones contra cualquier punto del suelo japonés y en ella tendrían una excelente base para aislar a Japón de todas sus fuentes de suministros.

Un kamikaze japonés se ciñe el pañuelo con la bandera nacional antes de su misión suicida



Los planes se estudiaron antes de que finalizase la conquista de Iwo Jima y el desembarco se fijó para el 1 de abril de 1945. El mando norteamericano supuso que, al tratarse ya propiamente de suelo japonés, su dominio sería muy difícil y se dispusieron grandes medios anfibios, entre los que, por vez primera desde comienzos de 1942, los británicos quisieron integrar su flota de Extremo Oriente (vicealmirante Rawlings), compuesta por 22 unidades.

La Marina, subordinada a Spruance, concentró ante la isla la flota de guerra más poderosa de todos los tiempos: 40 portaaviones (22 de ellos de ataque, con más de 2.000 aviones), 20 acorazados, dos cruceros pesados unos 30 cruceros de batalla, unos 200 destructores y buques de escolta y cerca de un millar de transportes y buques de desembarco. Las tropas dispuestas para la acción eran tres divisiones de *marines* y tres de infantería del Ejército, que totaliza-

ban 172.000 combatientes y 115.000 destinados a los servicios.

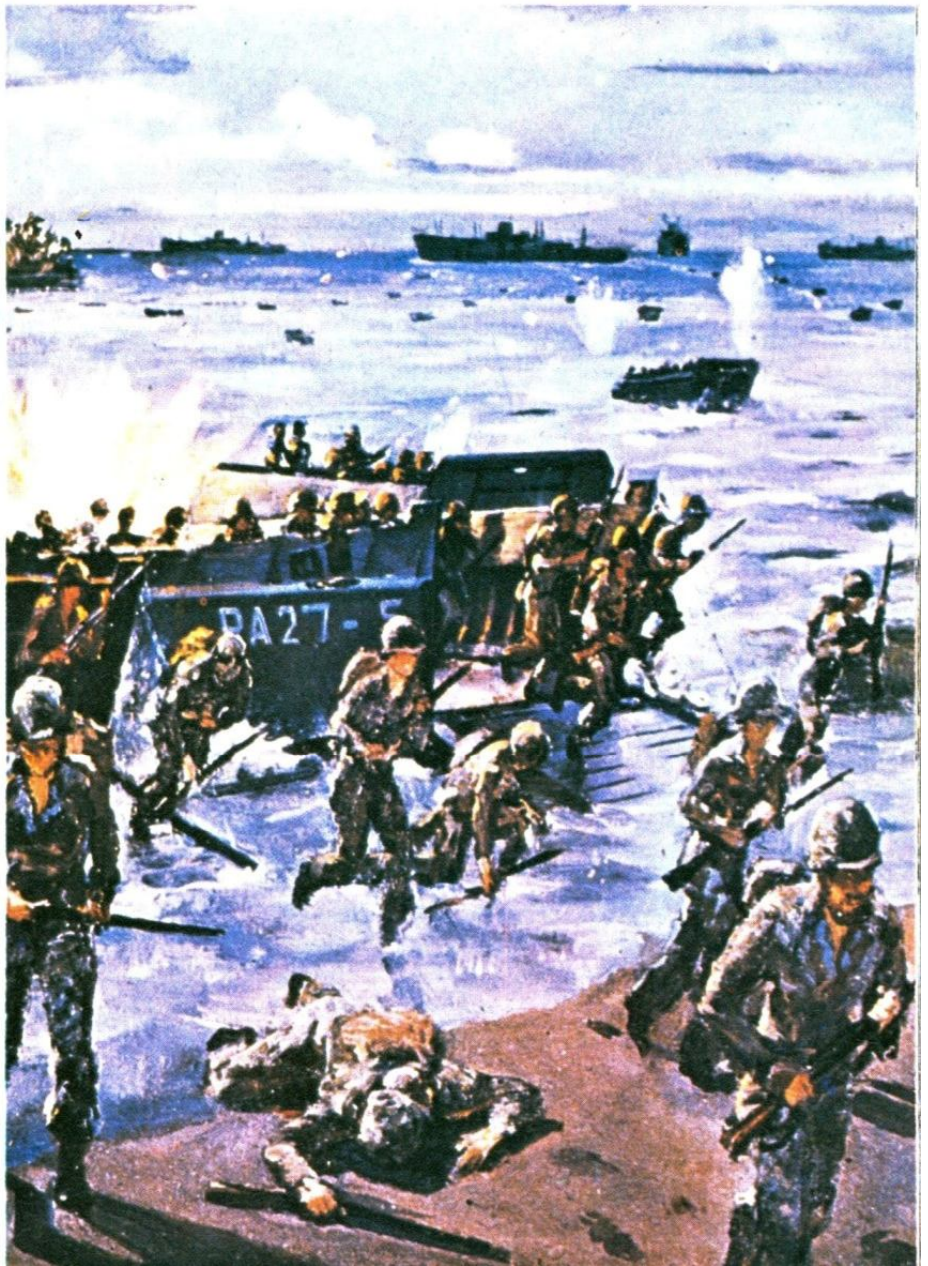
Frente a este inmenso despliegue de hombres y medios, el plan de combate japonés era sencillamente el suicidio. Las posiciones terrestres estaban en el interior; al sur de la isla, donde había menos bosque, estaban las pistas de aterrizaje y el terreno se prestaba a la fortificación.

Un ejército de 100.000 hombres (Ushijima) esperaba el desembarco, enterrado en sus cuevas, bien provisto de artillería y con intención de perecer en sus refugios o acribillado en los ataques *banzai* hechos a ciegas contra los bárbaros blancos.

Más de 2.000 aviones esperaban, en los campos japoneses, la batalla de Okinawa. Muchos eran *kamikazes*. En sus bases de Formosa y Kyu-Shu todo estaba preparado para celebrar el funeral de los pilotos, con el suicida presente, listo para despegar.

En las islas Kemara, la Marina tenía pre-

Desembarco norteamericano durante la guerra del Pacífico (por W. F. Draper)



Bandera de un kamikaze



paradas más de 300 lanchas suicidas. Pero los americanos conquistaron el pequeño archipiélago, a sólo 14 millas de Okinawa, y allí se instaló la artillería de Nimitz, en lugar de los barquitos japoneses cargados de explosivos.

Los americanos prepararon 280.000 hombres entre *marines* y soldados, 1.700 aviones de la Marina, además de los situados en aeródromos de las islas, y 1.682 buques.

Una semana antes de desembarcar, los portaaviones de Mitscher atacaron Japón

Tras el fracaso de la conferencia naval de Londres de 1934, Japón decidió superar a los Estados Unidos por el poder de sus acorazados, ya que no podía competir respecto al número. Inmediatamente se elaboraron los planos para construir cuatro superblindados. Dos surcarían los mares y pondrían un nudo de temor en la garganta de sus contrarios.

Los dos que intervinieron como acorazados en la guerra del Pacífico fueron el Yamato y el Musashi. El más famoso fue el Yamato, buque insignia del almirante Yamamoto.

Este buque desplazaba 73.000 toneladas a plena carga; tenía 263 metros de eslora, 38,9 de manga y 10,86 de calado. Su velocidad máxima era de 27 nudos (unos 50 km/h.). Sus blindajes en coraza, torres y barbetas iban de 410 a 560 mm, suficientes para resistir los disparos de otros acorazados, incluso a menos de 20 km de distancia. La cubierta tenía un blindaje de 200 mm, los puestos de mando y dirección de 35 a 40 mm, las salidas de humo de 38 mm (estaban perforadas por centenares de orificios de 18 mm para permitir la salida del humo). Todo ello le protegía contra bombas de hasta una tonelada, lanzadas a menos de 3.000 metros de altura.

En suma, se trataba de un buque casi imposible de hundir. Pero aún era más estremecedor su poder de destrucción: en tres torres montaba nueve piezas de 457,2 mm, las mayores que existían sobre un buque, que lanzaban proyectiles de tonelada y media a 41 km de distancia.

Cada una de esas torres pesaba 2.774 toneladas, lo que superaba en peso a los destructores más grandes, por ejemplo.

Disponía, además, de ocho piezas de 203 mm; ocho cañones antiaéreos de 127 mm y 24 ametralladoras de 25 mm. A popa transportaba seis aviones y la catapulta para su lanzamiento. Este armamento fue modificado durante la guerra, en busca de una mejor defensa antiaérea.

Todo este poder no sirvió para nada. El Yamato había nacido una guerra tarde. Como buque insignia no se le empleó en primera línea; por otro lado, en su guerra el Yamato tuvo pocas ocasiones de intervenir, pues no fueron frecuentes los choques a cañonazos, donde se le consideraba definitivo.

Sólo una vez sus enormes cañones pudieron apuntar a los buques norteamericanos: los portaaviones de escolta de Sprague, en el golfo de Leyte. Ningún disparo del Yamato hizo blanco: bastó para impedirlo la cortina de humo lanzada por los destructores.

Sin radar, el Yamato era un gigante bastante inútil. Cuando fue hundido también se mostró poco eficaz su armamento antiaéreo. Su excelente ingeniería naval y su blindaje le hicieron resistir a flote dos horas de ataques, en las que encajó al menos 10 torpedos y cinco bombas de más de una tonelada.

«YAMATO», UN COLOSO QUE NACIO TARDE

El Yamato, bajo el ataque aéreo norteamericano



para anular su aviación en lo posible. Muchos aparatos fueron abatidos o destruidos en tierra, pero los *kamikazes* alcanzaron al *Wasp*, al *Yorktown* y al *Franklin* y los averiaron seriamente. También los *B-29* dejaron de martirizar temporalmente a la población civil de las ciudades, para atacar las bases aéreas.

Para disponer de una mejor plataforma de ataque y un abrigo seguro para los buques en caso de tempestad, el mando norteamericano tomó previamente los islotes de Kerama. Tal decisión resultó providencial, pues en las abundantes y amplias cuevas semiinundadas por el mar que tienen tales islotes hallaron los norteamericanos medio millar de *torpedos suicidas*, ingenios propulsados por potentes y silenciosos mo-

los 1.176 kilómetros cuadrados de la isla (cuya longitud máxima es de 107 kilómetros y la anchura de unos 12). Durante las tres horas siguientes, buques y aviones batieron con furia la zona de desembarco y las posiciones reales o supuestas de los japoneses.

A mediodía, las lanchas de desembarco navegaron hacia la costa oeste, vararon y echaron sus rampas. Los soldados chapotearon hacia la playa, aplastados por el peso del equipo y por la angustia. Nada ocurrió. Sin embargo, allí no había ni un japonés.

Por la tarde, 60.000 hombres estaban en tierra sin escuchar un tiro. Dos días después, los desembarcados habían cruzado la isla sin encontrar al enemigo. Pero el 4 de abril llegaron a la línea Naha-Yanaburú, junto al castillo de Shuri, el monumento más



Marines norteamericanos tras el desembarco en una isla del Pacífico

tores que, con un piloto suicida a bordo, deberían lanzarse contra los buques norteamericanos durante la noche. Su carga explosiva, de más de una tonelada, hubiera sido fatal para los buques de transporte y los portaaviones de escolta.

Por fin llegó el día de Pascua, 1 de abril de 1945. A las 8.30 de la mañana, la primera andanada de artillería naval estremeció

viejo de Japón. Erigido en el siglo XVI, sobre una construcción más antigua de madera, tenía 18 kilómetros de perímetro y muros de 6 metros de espesor.

Pero, mientras en tierra no estallaba la tormenta, el mar y el cielo de Okinawa eran el infierno: los *kamikazes* se empleaban en un desesperado intento.

Ya el día 1, la flota había temblado ante

su visita, que voló dos buques. Dos días después, alrededor de Kerama había un cementerio marino. Desde el día 6, los suicidas desencadenaron el *crisantemo flotante* (*Kikusui*), es decir, el ataque *kamikaze* masivo.

En el primer *Kikusui* intervinieron casi 700 aparatos, de los que la mitad eran *kamikazes*. Tres destructores y dos transportes de municiones americanos se fueron con ellos al fondo. El día 7 de abril continuó el ataque, sufriendo cuantiosos daños y muchas bajas el acorazado *Maryland* y el portaaviones *Hancock*.

El mismo 7 de abril la Marina japonesa participó en aquella locura. El almirantazgo decidió sacrificar al *Yamato*. Evidentemente, cuando todo estaba siendo calcinado, no podía quedar intacto e inoperante aquel inmenso navío que durante toda la guerra fue el buque insignia de la Flota Combinada.

El *Yamato* partió el 1 de abril de la base de Kure, acompañado por un crucero ligero y ocho destructores. El gigante llevaba a bordo tres almirantes y su dotación completa, de 2.767 hombres. Su misión era distraer la atención norteamericana para facilitar el ataque masivo de los *kamikazes*. Y, como ellos, el *Yamato* también marchaba hacia la muerte: su carburante, a falta de petróleo, era aceite de soja y sólo disponía de combustible para el viaje de ida.

Detectada esta flota por un submarino norteamericano, Mitscher lanzó contra ella 386 bombarderos, que iniciaron su ataque a mediodía del 7 de abril. La flota japonesa se defendió con valor y destreza, pero su artillería antiaérea estaba demasiado anticuada para frenar a los norteamericanos.

Dos horas después de iniciado el ataque, se hundió el *Yamato*, al que de nada sirvieron sus gigantescos cañones de 460 mm., arrastrando al fondo del mar 2.498 vidas. Bombas y torpedos terminaron también con el crucero ligero y cinco destructores. En aquella absurda misión perecieron 3.665 marinos, a cambio de 10 aviones y 12 aviadores norteamericanos.

En tierra la situación se había endurecido a partir del día 4. Tras las fáciles penetraciones de los días anteriores, los norteamericanos alcanzaron, por fin, la línea de defensa japonesa, donde las tropas de Ushijima se defendían con ventaja, permitiéndose incluso sangrientos contraataques.

La lucha, que se prolongó tres meses,

revestiría una dureza inaudita y sólo igualada por la que anteriormente ofreciera Iwo Jima. El avance norteamericano, apoyado por el fuego de la escuadra y el continuo bombardeo aéreo, fue de lentitud desesperante, registrándose muchas jornadas combates feroces que no lograban despejar más de 10 metros de terreno.

Especialmente feroz fue la defensa del viejo castillo de Shuri; contra sus murallas de coral se estrellaban como huevos los proyectiles explosivos de los acorazados *Mississippi* y *Missouri*, que finalmente fueron dotados de munición especialmente perforante para hacer mella en los muros. Los bombardeos aéreos resultaron también ineficaces, pues las defensas subterráneas resistían cualquier prueba.

A mediados de mayo, las principales defensas japonesas habían caído y los norteamericanos comenzaron a limpiar el terreno y las últimas líneas que protegían Naha, capital de la isla. La resistencia, aunque menos eficaz, seguía siendo tremenda, salpicada por ciegos ataques *banzai*, que dejaban el terreno cubierto de muertos.

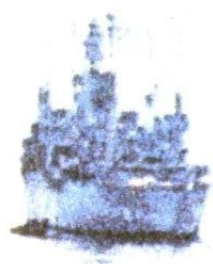
Aquello era el final, pero las abundantes lluvias retrasaron las operaciones. A comienzos de junio, los americanos prosiguieron el avance, penosamente, entre el horror de destruir cada cueva japonesa con lanzallamas, mientras en el mar la tormenta *kamikaze* había hundido más de 30 barcos y averiado más de 300.

Los restos del imperio

El día 21 de junio, el general Ushijima y su jefe de Estado Mayor tomaron su ritual comida de arroz. Luego se hicieron el *hara-kiri*. La resistencia cesó y unos 7.000 hombres se rindieron. Otros se lanzaron al mar, contra los campos de minas o se abrieron el vientre. Unos 110.000 militares y civiles japoneses murieron.

Por parte norteamericana, las pérdidas eran también muy graves: las fuerzas desembarcadas tuvieron 7.613 muertos y 32.000 heridos; 26.000 soldados fueron retirados por enfermedades diversas. La flota también registró muchas bajas, más de 5.000 muertos, más de 6.000 heridos y cerca de un millar de aviones perdidos, aparte de los buques ya reseñados.

Tras sus primeras experiencias sangrien-



*Acto de rendición del imperio japonés,
a bordo del Missouri,
el día 2 de septiembre de 1945*



tas, los americanos procuraron enfrentarse sólo a las resistencias esenciales. Muchas guarniciones fueron dejadas atrás, en las islas. Privados de cualquier comunicación con su Patria, los soldados japoneses debieron vivir de sus recursos, mal amparados por armas sin repuestos y municiones que no podrían reponer.

Los restos de aquel Ejército fulminante de 1941 quedaron condenados al hambre y la enfermedad. Sin medicina en el malsano clima de las islas, explotaron los recursos locales, cavaron huertos y pescaron para sobrevivir.

Cuando ya estaban próximos al archipiélago japonés, los aliados decidieron reducir, por lo menos en los núcleos más importantes, aquellas retaguardias dispersas.

En Nueva Bretaña y Bouganville, los australianos se encargaron sin entusiasmo de la *limpieza*. Aquellos japoneses enfermos, desarraigados campesinos armados, no eran una amenaza para nadie y en Rabaul, la antigua base que ya no servía para nada, 70.000 hombres languidecieron en la miseria, hasta el final de la guerra. Las restantes guarniciones se entregaron antes o permanecieron unos meses en aquella extraña paz.

El puerto de Wewak, al norte de Nueva Guinea, había sido el último refugio isleño. Unos 35.000 hombres esperaron allí, de mala forma, hasta que los australianos los cogieron prisioneros.

Borneo tuvo un desenlace diferente; rico en caucho y petróleo, los americanos decidieron ocuparlo pronto. Una fuerza de australianos y la *VII Flota* americana desarrollaron la última maniobra anfibia de la guerra frente al centro petrolífero de Balikpapan, donde los japoneses se defendieron tenazmente.

En Filipinas había una constelación de guarniciones dispersas. En las montañas cercanas a Manila, 50.000 japoneses no se habían rendido, unos 170.000 resistían a las órdenes de Yamashita y en Mindanao había otros 40.000. Todos diezmados por las enfermedades, la mala alimentación y la falta de recursos.

Los americanos redujeron algunos focos y, en abril de 1945, emprendieron una operación contra las tropas de Yamashita, que no se rindieron hasta el fin de la guerra, acosadas por las penalidades, los americanos y la guerrilla filipina. Pero en los miles de islas del Pacífico, en las montañas y los

bosques, muchos hombres aislados prosiguieron su guerra particular, ajenos a la realidad de un Japón vencido.

La paz atómica

Durante muchos años la prensa anunció, de cuando en cuando, que en un paisaje perdido había aparecido alguno de esos soldados anacrónicos, que se rendía desde su guerra de fantasmas.

Siempre habían buscado los americanos el camino más corto para terminar la guerra. Pero el que presagiaba la prueba atómica de Alamogordo, en la madrugada del 16 de julio de 1945, tenía detractores.

Había otra posibilidad a la vista. Japón también deseaba acabar. Como en cualquier otro país, había grupos fanáticos, partidarios de la violencia hasta el final. Pero el emperador quería la paz. Y era la indiscutida autoridad.

En febrero, las autoridades japonesas se aproximaron a los rusos para pedirles mediación en una paz negociada. Pero Stalin jugaba sus propias bazas. En la conferencia de Yalta prometió declarar la guerra a Japón a cambio de Sajalin, las Kuriles e intervención en Manchuria.

La ofensiva de Okinawa hizo caer al Gobierno del general Koiso. El emperador lo sustituyó por el almirante Suzuki, un partidario de la paz tan conocido que, desde 1936, había recibido amenazas de muerte de los *ultras*.

El 20 de junio, el emperador convocó al *Consejo Supremo de la Dirección de la Guerra* y les pidió acabar la guerra cuanto antes, aunque el ministro del Ejército y los jefes de Estado Mayor del Ejército y la Marina deseaban resistir para negociar. Ya formalmente, se dirigió un mensaje a Stalin, que estaba a punto de partir para la conferencia de Potsdam. La respuesta rusa fue fría y se repitió dos semanas después, cuando los japoneses retiraron la propuesta; extremos que conocían los americanos, porque interceptaban los mensajes diplomáticos japoneses.

Nadie jugó limpio y aquella paz nacería ensangrentada. Stalin calló ante la petición japonesa. Los militares y los científicos americanos estaban divididos. Al almirante Leahy, jefe de Estado Mayor del presidente, le repugnaba aquella violencia indiscriminada e inútil; James Franck y otros sabios

atómicos temían el horror que estaba a punto de desencadenarse. Pero muchos militares y científicos deseaban probar el invento sobre un blanco real y justificar los enormes gastos del proyecto.

Por fin, el 6 de agosto despegó de la base americana de Tinian rumbo a Japón, el *Enola Gay*, un B-29 pilotado por el teniente coronel Paul W. Tibbets que, para aquella misión, lo había bautizado con el nombre de su madre.

Era un secreto la terrible misión con que volaba aquel día el avión con nombre de mujer. El teniente coronel Tibbets debía sentirse muy orgulloso de aquel trabajo. O muy poco de su madre Enola.

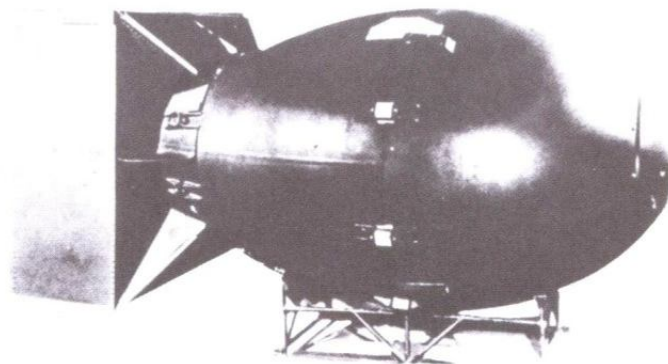
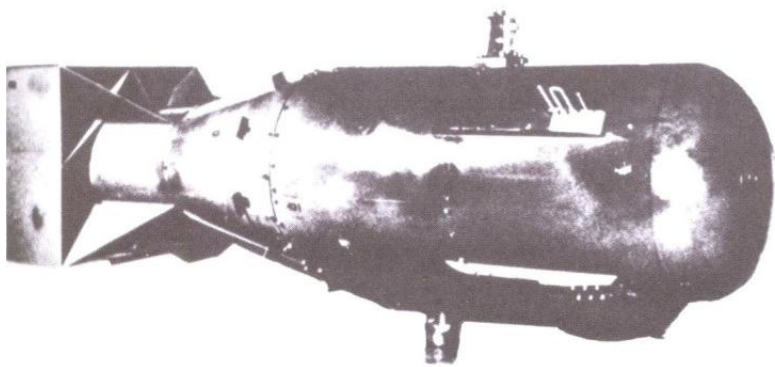
La bomba cayó a las 8.15 del 6 de agosto sobre Hiroshima. Mató a más de 70.000 personas e hirió a unas 40.000. El día 9, Stalin declaró la guerra a Japón, cayó una segunda bomba atómica sobre Nagasaki y tres ejércitos soviéticos invadieron Manchuria, lanzaron paracaidistas en Kharbine y de-

sembarcaron en la isla de Sajalin y las Kuriles.

El 15 de agosto de 1945, aquel Japón zarandeado por las sorpresas escuchó, por primera vez en la historia, la voz del emperador. Hiro Hito decía por radio Tokio: *Si continuáramos luchando, el resultado sería no sólo el derrumbamiento y aniquilamiento del pueblo japonés, sino que llevaría también a la extinción total de la civilización humana.*

Ugaki, el almirante de la *V Flota*, se estrelló con sus últimos aviones contra los barcos americanos en Okinawa; Anami, ex ministro de la Guerra, y Onishi, segundo jefe del Estado Mayor de la Armada, se infligieron el *harakiri*. Otros oficiales se lo hicieron frente al palacio real.

Era el último cuadro trágico. El 2 de septiembre, a bordo del *Missouri*, MacArthur aceptó la rendición formal de Japón. Habían pasado cuatro semanas desde el vuelo de aquel B-29 con nombre de mujer americana.



Little Boy y Fat Man, bombas atómicas lanzadas contra Hiroshima y Nagasaki, respectivamente

Churchill, Truman y Stalin en la Conferencia de Postdam

Efectos del bombardeo de Hiroshima



Imagínatelo.



 **Telefónica**